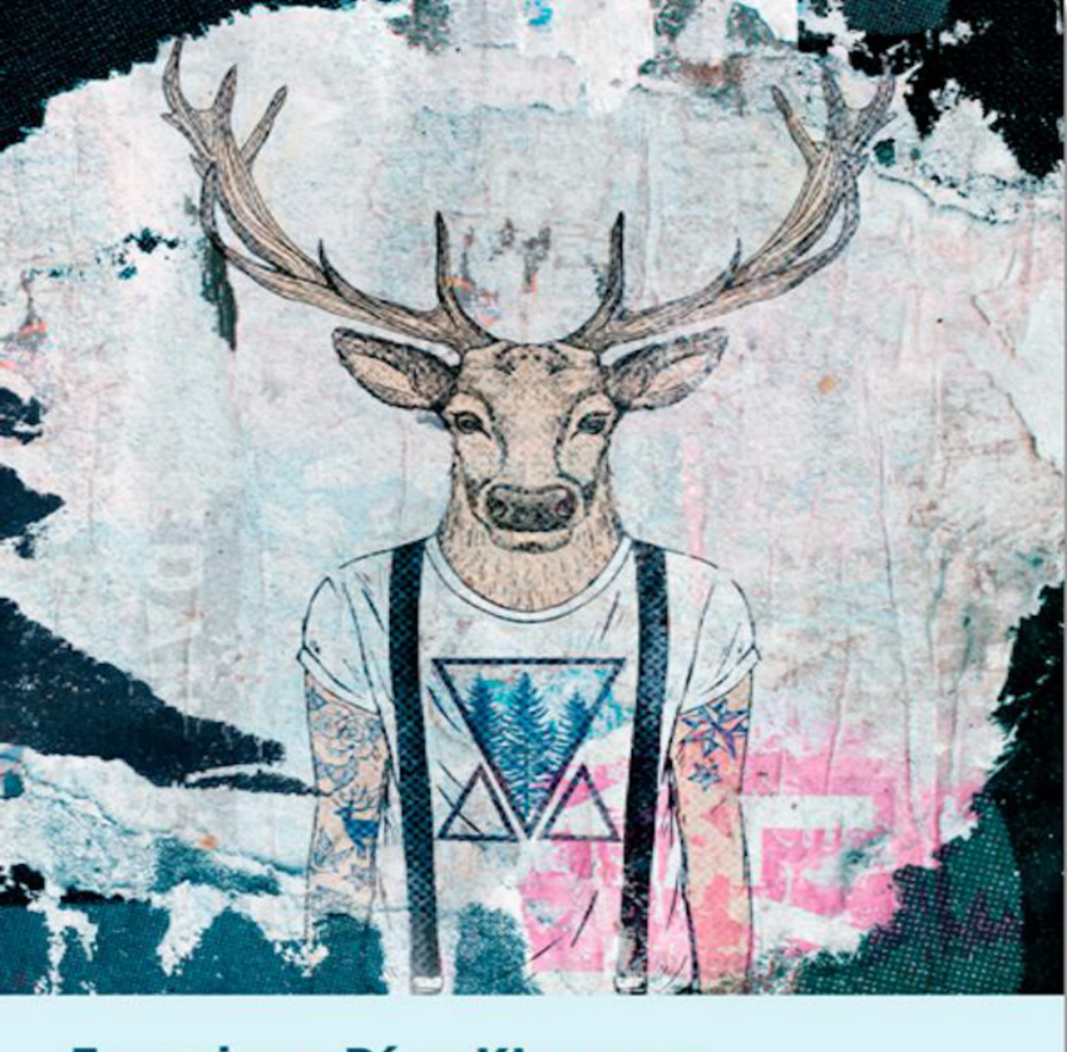


Francisco Díaz Klaassen

EN LA COLINA

CANDAYA

Francisco Díaz Klaassen



Francisco Díaz Klaassen (Santiago de Chile, 1984) es autor de las novelas *Antología del cuento nuevo chileno* (2009), *El hombre sin acción* (2011, Premio Roberto Bolaño), el libro de cuentos *Cuando éramos jóvenes* (2012) y *La hora más corta* (2016).

Estudió literatura inglesa en la Pontificia Universidad Católica de Chile y escritura creativa en la Universidad de Nueva York. Actualmente vive en Ithaca, EE.UU., donde cursa un doctorado en literatura en la Universidad de Cornell. En 2011 fue seleccionado por la Feria del Libro de Guadalajara como uno de los 25 Secretos Mejor Guardados de Latinoamérica.

Candaya Narrativa, 60

EN LA COLINA

Primera edición impresa en la Editorial Candaya: junio de 2019

Camí de l'Arboçar, 4 - Les Gunyoles
08793 Avinyonet del Penedès (Barcelona)
www.candaya.com
facebook.com/edcandaya

Diseño de la colección:
Francesc Fernández
Imagen de la cubierta:
Francesc Fernández
Maquetación y composición *epub*
Miquel Robles

BIC: FA
ISBN: 978-84-15934-98-1
Depósito Legal:B 14894-2019

Actividad subvencionada por el Ministerio de Cultura y Deporte





Para Aubrie

Va a llegar el día en que se te va a pasar esa hueaíta de andar escondiéndote en el bosque como un ciervo maricón.

FRITZ

Afuera estaba quedando la cagada. La tormenta –porque de pronto era una tormenta– se multiplicaba sobre el centro de la ciudad en ráfagas caóticas que parecían arreciar en varias direcciones a la vez. Pero era una tormenta silente, además de ciega; no atenuaba las alarmas de los autos ni los ladridos de los perros, las conversaciones en la cocina de quienes le daban la espalda con algo parecido a la ansiedad y a la culpa. Yo miraba la destrucción desde mi ventana en el segundo piso, la cara pegada al cristal, sintiendo cómo el vidrio se contraía bajo mi frente y la alfombra vibraba bajo mis pies. Entonces vi que en medio de toda esa furia había un claro; en ese claro creí ver una sombra. Esa sombra -te lo juro, Francisco- era la mía

BETO

ÍNDICE

En esa época yo todavía llegaba algunas noches curado a escribirte.

Remontaba la colina haciendo zigzags y cuidándome de no tropezar con las hojas húmedas del otoño.

Llevaba en los bolsillos galletas de la fortuna que leía cuando me lo permitía la borrachera.

Es decir casi nunca.

Había aprendido que me mareaba menos si caminaba encorvado mirándome los pies.

La clave estaba en hacer calzar el vaivén de los pasos con el vértigo esporádico del alcohol.

También en caminar con la boca cerrada apretando los puños con fuerza al respirar por la nariz.

El sudor que se formaba debajo de las uñas me servía de distracción.

Se trataba de un equilibrio precario, como te puedes imaginar.

Al igual que con cualquier ejercicio de funambulismo lo importante aquí era no salirse del alambre.

Y el éxito estribaba evidentemente en encontrarlo.

Poco bastaba para echar a perder ese equilibrio.

Si levantaba la vista un cosquilleo me recorría la garganta.

Si ralentizaba la marcha la cabeza se me hacía pesada y me sentía desfallecer.

Era como si mis órganos quisieran correr a contemplar la noche estrellada y solo cerrando la boca y regulando el paso pudiera impedirles escapar.

A veces pasaba meses enteros sin acordarme de ti.

Subiendo y bajando la colina ensimismado.

Fumando en callejones oscuros y a través de mosquiteros y ventanas abiertas.

Sacando la basura cada domingo por la noche.

Jugando a los bolos todos los martes y jueves.

Entregado como puedes ver por entero y como en un trance a las distracciones diarias que me ofrecía mi nuevo país.

O al azar si lo prefieres.

Con lo que te quiero decir que los bandazos de la rutina podían más que la nostalgia.

Y tú te perdías lentamente entre exámenes por corregir y señoras maduras con las que flirtear en el gimnasio o en el supermercado o en el autobús.

En esos meses de inconstancia y alternancia me sentía tentado a abrazar por fin mi destino.

O al menos uno de ellos.

Bajando la colina para ir a trabajar, subiéndola borracho después

de visitar algún bar, me atrevo a decir que era feliz.

A veces incluso sonreía de repente, sin previo aviso, de la nada.

Me sonreía solo o le sonreía a las ardillas que se me cruzaban en el camino.

¿Te das cuenta?

Le sonreía a esos animalejos o me sonreía a mí mismo.

Sonreía aun cuando no ignoraba que lo que yo hacía allá abajo, cuatro veces a la semana, cinco si alguien se enfermaba, no iba a alterar el mundo, el curso de los planetas, el funcionamiento del universo.

Quizás no estaba del todo seguro pero lo debía al menos intuir.

De hecho es posible que fuera ese uno de los primeros motivos de esa felicidad.

Lo que yo hacía por cierto era enseñar lengua y literatura.

Dos cosas que probablemente no se pueden enseñar.

Ni mucho menos aprender.

Algo que los jóvenes de mi nuevo país me demostraban en cada clase, con cada examen, ante cada pregunta, desde cada mañana hasta cada tarde que pasábamos juntos.

Tal vez por eso vinieran acompañadas de tan poco dinero esas enseñanzas.

El suficiente sin embargo para remontar la colina borracho varias veces a la semana.

Sin pensar en ti, como recordarás.

Pero entonces llegaba tu cumpleaños, o entonces llegaba mi cumpleaños, o entonces mi mejor amigo se empezaba a culear a mi exesposa, y yo te volvía a escribir.

En un equilibrio cada vez más precario.

(Hay cosas que solo funcionan cuando están a punto de no hacerlo más.)

En cierta ocasión casi choco con un ciervo.

Los dos nos asustamos tanto que al principio nos quedamos quietos con la boca y los ojos abiertos.

Estimo que análoga a mi fijación por mis pies debe haber sido la suya con la grama recién rociada de mis vecinos, y que esa feliz coincidencia precipitó nuestro encuentro esa madrugada.

Ardides de dos viejos zorros para sobrevivir la última hora de la noche en el bosque.

No fue corto el tiempo en que presas de una parálisis total nos miramos las caras.

Los ciervos tienen los ojos tan negros como los míos.

Los dientes tan chuecos y amarillentos como los míos.

La lengua morada tan gruesa y seca como la mía.

La saliva esporada en muchas manchas blancas que parecen unirla

al frenillo como con pegamento.

Tú ya estabas saliendo con otro tipo en esa época.

Viviendo, me corregían los pocos amigos fieles que me iban quedando.

Los que no habían visto a mi exesposa abierta de patas y con la guata cubierta de semen.

Los que juraban de guata que nunca la verían así.

Amigos en los que a esas alturas yo confiaba más por resignación que por propensión natural, como te puedes imaginar.

De la boca del animal salía un vapor pestífero y de la mía uno dulzón que por momentos se mezclaban.

El brandy y el pasto húmedo formaban siluetas como las que introducen las películas de James Bond, bailando entre la cursilería y la anticipación.

Ese habría sido el instante propicio para que una garrapata me contagiara la enfermedad de Lyme.

Pero como es bien sabido las garrapatas no tienen sentido de la oportunidad, y los vapores con sus siluetas se disiparon antes de que pudieran darse por aludidas y saltarme encima.

El ciervo sí que pegó un salto y sin dejar de mirar hacia atrás se puso a correr en dirección al antejardín de mis vecinos.

Como conminándome a seguirlo.

O más bien asegurándose de que no fuera a hacerlo.

Con tan mala fortuna que se dio de bruces contra la puerta del garaje de los Schroeder.

Con la suficiente fuerza como para rebotar y que ese rebote provocara ondas en los charcos que había dejado la lluvia tras de sí.

Con el subsiguiente estrépito que te puedes imaginar.

Como si el cielo se hubiera partido en pedazos y esos pedazos estuvieran cayendo frente a la casa de mis vecinos.

Yo me imaginé a alguien agitando láminas metálicas y haciéndolas entrechocar en un estudio de grabación para simular el ruido de un trueno.

A pesar de lo cual no me reí.

Siendo que el ciervo y yo en cierto modo ya no éramos desconocidos.

Y todavía estaba viva la conexión serpentina de nuestros alientos propulsados por el miedo y el frío que compartimos esa noche otoñal.

Además sentía yo como propia la responsabilidad por su caída.

Con lo cual hube de alegrarme de que no se hubiera partido el cuello y pudiera en cambio ponerse de pie y proseguir su ya no tan grácil escapada.

Dando saltitos que hacían crujir las hojas secas de los arces y retumbar el concreto desigual.

Todavía mirando hacia atrás.

Mientras mi quietud se extendía hacia el infinito en las primeras horas de luz de una noche que como recordarás había sido particularmente estrellada.

Lo que me trae a la cabeza esa galleta de la fortuna que leí una vez y que dice que solo los seres humanos miran hacia atrás para animarte a avanzar con ellos hacia adelante.

En otras palabras, que un animal que quiere que lo sigas no se molesta en verificar si lo haces.

La moraleja siendo que tenemos demasiadas ataduras terrenales que nos impiden avanzar hacia el futuro con libertad.

O que dependemos y buscamos en exceso la aprobación de terceros.

O que siempre hay un engaño latente en la relación entre dos seres humanos.

Como por ejemplo tu exesposa y tu mejor amigo riéndose debajo de las sábanas que compraste en oferta por Amazon Prime.

Aunque probablemente solo signifique que los sabios chinos que escriben galletas de la fortuna se han pasado menos siglos observando perros que cocinándolos.

Cabe suponer que por los pasillos del palacio del emperador nunca correteó un cachorro ignorante, tanto o más necesitado de validación que una cuarentona que acaba de instalar Tinder después de su primer divorcio.

Hay ciertos proverbios cuya veracidad no siempre es fácil de comprobar.

Como este por ejemplo.

Al menos para mí que nunca he tenido animales.

Y que poseo una naturaleza solitaria que rara vez incita a otros a seguirla.

Como si en mis ojos de ciervo solo pudiera verse un gran agujero negro.

Lo que tal vez explique que tú ya salieras con otro en esa época en la que yo a menudo remontaba la colina borracho para llegar a escribirte cartas no muy distintas de esta.

Perdón, vivieras con otro.

Si bien no soy capaz de ignorar a ese cachorro de pastor alemán de baja autoestima con el que coincidí unos meses cuando todavía vivía en tu ciudad.

Ese juguete frágil, la memoria, me lo acaba de recordar.

El cachorro solo dejaba de gañir y de sacar la lengua cuando yo cedía a sus exhortaciones y dirigía mi vista a aquello que absorbía su imaginación en ese momento.

Exhortaciones que rara vez ameritaban la atención, como te puedes

imaginar.

A veces me daba por pensar que el cachorro hacía eso solo para asegurarse de que yo no le hubiera perdido el rastro.

Como si mi momentáneo interés por él fuera de pronto su necesaria validación.

O como si cada exhortación fuera en realidad una prueba de fe.

Y entonces me daba cuenta de que no escasean los momentos de cachorro en la vida de los hombres.

Y de las mujeres, qué duda cabe.

Difícil confiar en los chinos, por tanto.

O en los perros, ya que estamos.

Por no decir nada de los mejores amigos y las exesposas.

Sobre todo durante los fríos y largos inviernos en esa ciudad en la punta del cerro en medio de un bosque en la que yo vivía en esa época en la que todavía te escribía cartas cuando estaba curado.

Cuando hacía de repente treinta y cinco grados bajo cero y a las tres de la tarde ya se había ocultado el sol.

Y salías a la calle y te cruzabas con gente que apenas se parapetaba con plumas de ganso y bufandas de lana muchas veces tejidas por ellos mismos.

Y esas personas te decían buenas noches sin dejar de sonreír.

A las tres de la tarde te decían buenas noches esas personas sin dejar de sonreír.

A las tres de la tarde, cuando ya estaba oscuro y el frío te congelaba hasta los pelos de la nariz, ¡te decían buenas noches!

Con esa puta sonrisa sintética que no significaba nada y era tan típica de mi nuevo país.

Y a lo mejor tú, entre todas las cosas que podías hacer con tu vida, acababas de pasarte las mejores horas de la mañana enseñándole a leer a un grupo de aptos ignorantes que no sabía nada de la vida.

Desconocimiento que volvía más bien imposible la enseñanza de cualquier cosa, como te puedes imaginar.

Al tiempo que instalaba el potencial de transformar cualquier cuadro cotidiano en tragedia en un santiamén.

Como por ejemplo regresar a tu oficina y encontrarte a tu mejor amigo, un alemán gordo, rosado y torpe que te sacaba al menos una cabeza y se estaba culeando a la que alguna vez llamaste tu mujer.

Pero que además enseñaba lingüística histórica.

¡Lingüística histórica…!

Como si no hubiera cosas menos absurdas con las que perder el tiempo.

Como si se le pudiera enseñar eso a un grupo de aptos ignorantes que no sabe nada de la vida.

Aptos ignorantes a los que el concepto de historia les resulta tan

conocido como a uno que enseña literatura y lengua le resultan familiares los comportamientos de la luna.

Aunque en esa época de la que te hablo el traidor alemán ya se las daba más y antes de traductor que de profesor.

¡Ah, el traidor alemán!, con sus manos pequeñas y sus pies gigantes, dándote la espalda en la oficina compartida sin despegar la vista de su computador.

Pero que en otras ocasiones veía a tu exesposa mear su semen con la puerta del baño abierta de par en par.

Difícil por tanto no mirarlo por el rabillo del ojo, es decir mirarlo sin ser mirado de vuelta.

Difícil no caer en la tentación de estudiar su silueta, notar el movimiento de la respiración, su nariz de cerdito obstruida y la boca siempre abierta.

Y difícil después de eso no recordar su voz.

Su voz en la ducha, para ser más específicos, tarareando una línea de Cavaradossi.

Desterrado para siempre, cantaba el cerdito alemán.

El muy hijo de puta.

Ante lo cual qué otra cosa podías hacer que no fuera cancelar la siguiente clase con otro grupo de aptos ignorantes que tampoco sabían nada de la vida.

Solo queriendo meterte en la cama, ver algo en Netflix, pajearte o llorar.

Lo primero que pasara, o a lo mejor todo junto y al mismo tiempo.

Pero llegabas tarde al paradero.

Porque te habías demorado observando al cerdito alemán llegabas tarde al paradero.

A tiempo eso sí de ver al número diez doblando la esquina, perdiéndose para siempre.

El muy hijo de puta.

Con el cielo cubierto de nubes grises y envuelto por el ruido de truenos que eran como carcajadas.

Con lo que te resignabas a atravesar a pie el hielo y la nieve que cubrían tu ciudad.

Caminabas lentamente para no resbalar, fantaseando con la posibilidad de sentarte en un rincón y volverte una víctima más del espléndido reposo.

Sintiendo con cada paso que dabas que tus zapatillas se humedecían y esa humedad se volvía hielo y las uñas se te empezaban a despegar de los dedos ateridos de los pies.

Para animarte partías en dos una galleta de la fortuna y leías un papelito que decía: “El propósito de la vida es vivir una vida de propósitos”.

Lo que no te ayudaba precisamente a sentirte mejor, como te puedes imaginar.

Con lo que luego partías otra mientras te sacudías la escarcha del bigote sin saber si se trataba de mocos o del vaho de tu respiración.

Y ese papelito decía: “Los problemas que tienes ahora pasarán pronto”.

El hielo endurecido del pavimento crujía bajo tus pies.

Finalmente agarrabas una última galleta y la partías también en dos y leías el papelito con un intenso dolor de cabeza en una pieza que tenía las ventanas congeladas y en la que no había aire fresco porque había sido calefaccionada durante meses sin interrupción.

Y ese papelito decía: “No solo es importante añadirle años a la vida, también lo es añadirle vida a esos años”.

No deja de ser cierto que las galletas de la fortuna no son en verdad chinas.

Son más gringas que levantarse temprano.

Como también lo es sonreírle a los extraños en la calle porque sí.

O acostarse con la esposa de tu mejor amigo.

Imposible no recordar a mi abuela gritándole china cochina a una nana que era en realidad mapuche y olía siempre a cloro y cáscaras de limón.

Mi pobre abuela, cada día un poco más vieja y por consiguiente cada día un poco más cerca de la muerte.

O más lejos de la vida, si entendemos la vida como las cosas nuevas que todavía no se nos han repetido.

Aunque en esa época de la que te hablo mi abuelita tenía 93 años y ahora tiene ya más de 110.

No sería descabellado pensarla inmortal.

La suerte es como la muerte, me decía mi abuela inmortal cada vez que jugábamos Carioca o La Gran Capital.

Como yo siempre ganaba porque me escondía billetes y comodines en los bolsillos del pantalón, nunca supe si la vieja me estaba amenazando de muerte o dando un consejo de vida digno de un sabio chino que escribe galletas de la fortuna.

Porque decía eso y luego se reía sin parar.

Se largaba a reír como si la risa se le escapara *a pesar suyo*.

Lo que durante años me hizo creer que a esa frase le faltaba algo, una segunda parte por ejemplo, que continuara o explicara o sentenciara ese primer intento de aforismo.

Mi pobre abuela, oscilando en mis recuerdos entre el racismo y la vejez.

Pero que alguna vez debe haber sido joven y racista.

A mi abuela por cierto todo el mundo la llama Nana.

Me imagino que porque se llama Eliana y no por su amor a la

servidumbre.

La recuerdo el día que cumplió 90 años, cuando yo todavía vivía en tu país, jactándose de no tener canas gracias a su sangre india y a un champú de manzanilla que ella misma cultivaba en su jardín.

Ya estaba borracha a pesar de que apenas si le había dado un sorbo a su vaso de chardonnay.

Recuerdo el brillo de sus ojos grises debajo de unos párpados arrugadísimos y en constante vibración.

Cuando mi abuela está borracha deja las frases en el aire antes de que sus carcajadas le coman la voz.

No es capaz de terminar sus frases ni de controlar sus esfínteres cuando está borracha, mi abuela inmortal.

Deja las frases a medio terminar, como si ya no le pertenecieran.

O como si cualquiera pudiera rematarlas en su lugar.

No le falta lucidez a la vieja.

Pienso ahora que en su caso querer decir algo y no poder hacerlo conlleva el anverso de la frustración.

Lo que un sabio chino supo decir mejor que yo.

"A veces la más potente de todas las voces es la del silencio", escribió el sabio chino en una galleta.

Tal vez eso sea la vejez.

Una galleta de la fortuna que resume todo tu existir.

Esa del silencio que te acabo de contar, o todavía mejor, otra que diga: "El tiempo que *hay* en la vida no es el mismo tiempo que *es* la vida".

¿Te das cuenta?

Creer por un momento acaso larguísimo que la vida se te escapa de las manos solo para descubrir siempre demasiado tarde que ese era el tiempo y eso eras tú.

Un balbuceo que se te hace eterno.

Un ojo brillando entre mil arrugas.

Canas o su ausencia, un champú de manzanilla que se prepara en un jardín.

Pienso que es justo que ese descubrimiento llegue si llega cuando estamos arrugados y ya no podemos controlar el chardonnay.

Sin contar a la Nana (mi abuela) en mi familia ha habido muchos ilustres borrachos.

Borrachos intempestivos sobre todo, de esos que saben controlar el chardonnay (que no siempre los esfínteres) incluso pasados los 93.

Lo que es como decir que prefieren el escapismo funambulista antes que la capitulación.

O tal vez, para ti y para tantos otros en tu país, justo lo contrario.

Por lo general en mi familia pasados los 40 los hombres abrazan el alcohol y las mujeres la demencia senil.

A los hombres les crecen la nariz y las orejas y las mujeres hacen amigos imaginarios.

Los hombres destruyen sus órganos y ven cómo se les pudren los dientes mientras las mujeres caminan sin rumbo hablando con fantasmas.

A veces esos fantasmas son árboles, a veces un televisor.

De ahí que en mi familia siempre hayamos sabido que estamos destinados a pasar de largo.

Lo que nunca ha sido motivo de desánimo o depresión, como te puedes imaginar.

Seguramente porque cuando miramos a nuestras vidas y lo que hacemos con ellas no nos es posible atisbar ningún desperdicio de majestad.

Mi tío Tito era uno de esos borrachos intempestivos.

Mi abuela inmortal una de esas viejas locas.

Una vez, pobre como las ratas, mi tío se comió un vaso de vidrio para ganar una apuesta.

Con esa plata pretendía pagar el arriendo de su casa pero como es natural terminó gastándosela en la cuenta del hospital.

Para colmo tuvo que buscarse un nuevo bar.

Creo que a ese lo había llevado su padre por primera vez.

De la apuesta con el vaso de vidrio, que siempre se encargó de recordarnos que ganó, le quedó una ronquera permanente.

La única voz que yo le conocí.

Treinta años después los doctores iban a cortarle una pierna y se suicidó.

El tío Tito tenía diabetes y todavía no existía la cerveza light.

En sus últimos años no había día en que su cuerpo huesudo, pálido y sudoroso, no sucumbiera a la vibración de un temblor gutural.

Resultaba difícil adivinar si los temblores se debían a que le había bajado el azúcar o eran los típicos del alcohol.

El día antes de la operación el Tito visitó a cada una de sus hermanas y se despidió con elegancia, es decir sin despedirse ni decir nada especial.

Se tomó un vaso de vino por cada hermana y pidió que pusieran un disco de Beniamino para escuchar con el café.

Y brillaban las estrellas, cantó Beniamino.

Y olía la tierra, replicó mi tío Tito.

Después dicen que caminó entre atontado y confuso fumándose un pucho y siguiendo la línea de la costanera en zigzag.

Cuando llegó a su casa el Tito se inyectó potasio en las venas, la mejor manera que puede tener uno de morir.

Lo encontraron metido en la cama vestido incluso con sus zapatos, con las manos sobre el pecho y tapado hasta el cuello con una manta

que le había tejido su mamá.

Al lado de la cama y apoyada contra la pared estaba su escopeta, imagino que en caso de que algo saliera mal.

Con esa escopeta el Tito una vez me llevó a cazar leones a Niebla.

Yo no debía tener más de siete años.

Con toda probabilidad el Tito se refería a cazar pumas, aunque en esa época se hablaba a menudo del león chileno o valdiviano.

Se lo describía como un perro negro grande que vivía escondido en las montañas.

De las montañas el león valdiviano solo bajaba de vez en cuando para tomar agua del río.

O para comerse alguna gallina despistada.

Yo estaba acostumbrado a escuchar de los guarenes del sur, ratas que eran incluso más grandes que los gatos, con lo que no me resultaba extraño el asunto.

Más bien me parecía normal que existiera una versión mutante de un animal más bien vulgar.

El Tito vivía en Curiñanco con su mamá, una vieja a la que le decíamos la superabuela porque tenía más de 100 años.

La superabuela era comunista, lo que en esa época de la que te hablo significaba que le gritaba cosas a la tele y fumaba y lloraba sin parar.

Había estado presa durante la dictadura, torturada después de que la acusaran de esconder armas y a otros comunistas en el ático de su chalet.

Si lo piensas es un milagro que sobreviviera.

Si lo piensas es un milagro porque ya era vieja para el 73 y en esa época en tu país nadie sabía lo que era una supervitamina, el tofu o los canapés.

Pero lo cierto es que la vieja quedó rara después de eso, y así es como la conocí yo.

Rara para siempre.

Siempre siendo los cuarenta años que le llevó morir.

A la superabuela la recuerdo un poco como ida.

Caía a menudo en lapsus que podían llegar a durar un minuto y en los que se quedaba mirando un punto fijo en la pared.

A veces incluso en la mitad de una conversación los ojos se le iban y era como si ya no estuviera más allí.

Ella era consciente de esas desapariciones y le echaba la culpa a la parrilla con la que la habían electrocutado en el 73.

Según la superabuela la parrilla había hecho las veces de electroshock.

A un huevón sádico, repetía la superabuela, le gustaba meterme alambres de bronce en las orejas antes de dar la electricidad.

A mí me daba por pensar que esos constantes lapsus eran fingidos.

La veía desconectarse y me imaginaba que bien mirado lo que pasaba era que a la superabuela ya no le interesaba la realidad.

Como si pocas cosas pudieran ya competir con los alambres y la electricidad.

Por supuesto, la acusación de esconder armas y comunistas en una ciudad tan facha como Valdivia, donde los chilenos se creen alemanes y los alemanes son nazis, más que infundada parecía un mal chiste, como te puedes imaginar.

O uno muy bueno según cómo lo veas tú.

Pero no impedía que algunas de las hijas de la superabuela justificaran la detención.

"Algo habrá hecho la mamá", le escuché decir a más de una, más de una vez, en defensa de los alambres en las orejas y de la electricidad.

O del arribismo, que en tu país es la misma cosa.

Mientras la superabuela le gritaba cosas a la tele y lloraba y fumaba sin parar.

La superabuela, que para el terremoto del 60 estaba sentada en el váter y salió corriendo a la calle justo a tiempo para ver cómo se desplomaba su propia casa y un pedazo de vecino le saltaba encima.

La vieja era muy buena para contar historias y a pesar de mis ruegos nunca quiso especificar qué parte fue la que le saltó encima.

Los otros bisnietos, e incluso sus nietos e hijos, le preguntaban siempre las mismas huevadas, que si la sangre y que si los incendios y que si los derrumbes en Collico, donde murió el superabuelo.

Pero a mí lo único que me interesaba clarificar era la índole del pedazo de vecino.

Y, naturalmente, si se había limpiado la raja o no antes de salir a la calle.

Nunca me contestó eso tampoco, lo que no deja de ser su propia respuesta.

Los últimos años de la superabuela fueron tristes, si bien no siempre es fácil determinar si la locura es triste para el que la padece o más bien una especie de liberación.

La superabuela tenía uno o dos amigos imaginarios con los que hablaba todo el día.

Fantasmas con los que tenía conversaciones que podían durar horas mientras se movía de un lado para otro.

A veces recobraba la lucidez apenas por un segundo y se le podía ver el pánico en los ojos.

Como alguien que despierta de una pesadilla y se da cuenta de que el cuerpo no le responde.

O que la pesadilla era en realidad preferible a despertar.

Es decir, costaba saber si ese pánico se debía a la constatación del alcance de su locura o al terror que le producía la posibilidad de haber escapado de su abrazo.

Yo la habría matado.

Le habría inyectado potasio en las venas o le habría disparado usando una escopeta para cazar leones valdivianos.

Pero en esa época el coraje se me había escondido y no era capaz de encontrarlo por ninguna parte.

Para serte sincero, esperaba que alguien más se atreviera a hacerlo en mi lugar.

Lamentablemente, en mi familia somos todos igual de cobardes y nadie mató a la superabuela, como te puedes imaginar.

Para compensar el haberla dejado con vida yo pasaba a verla una que otra tarde y le llevaba cigarrillos que ella ya no podía comprar por su cuenta.

Mientras la veía fumar le preguntaba cómo estaba, qué había hecho ese día, qué cosas le había gritado a la tele esa semana.

Ella a veces me miraba y no decía nada.

A veces no me miraba y no decía nada.

A veces me miraba y decía algo que parecía no tener ninguna relación con mi pregunta, como "Qué música impresionante y temible y verdaderamente ahora vas a ver, van a ver, ¡órale!".

Pero a veces me miraba y parecía salir del trance de la senilidad y contestaba como si me hubiera entendido.

La recuerdo sonriendo una tarde mientras veía llover por la ventana y fumaba casi sin fuerza.

Le costaba mucho dar esa primera calada que le quemaba los bigotes.

Fíjate, cabro chico, me dijo entonces la superabuela, fíjate que me desperté y luego me vestí y luego me vine al living a tomarme una agüita.

Me gusta tomarme una agüita mirando por la ventana, me dijo la superabuela, mientras afuera está lloviendo, me gusta ver la lluvia desde acá adentro, por la ventana.

Así que eso hice hoy, me dijo la superabuela, me puse a mirar por la ventana y a tomarme mi agüita, y después me puse a dar vueltas por la casa.

Di vueltas por la casa toda nerviosa, cabro chico, me dijo la superabuela, sin saber qué hacer, tratando de recordar qué era lo que tenía que hacer, como si hubiera olvidado algo importante.

Hasta que finalmente me cayó la teja, cabro chico, me dijo la superabuela: ¡ya estaba desocupada!

¿Te das cuenta?, me dijo la superabuela.

Me puse la ropa y apenas me la puse, ¡me desocupé!

¡Apenas me puse la ropa ya me desocupé!, me dijo la superabuela.

Y luego se empezó a reír como posesa con sus carcajadas tan típicas.

Yo también me reí porque la verdad me pareció gracioso lo que dijo, aunque ahora que lo transcribo aquí ya no tanto.

Esa vez caminamos todo el día yendo de los montes a la playa y de la playa a los montes porque el Tito decía que ahí se escondían los malandras.

Pasamos Los Molinos y hasta llegamos a Las Pulgas sin ver un solo león.

Ni siquiera vimos gatos, ahora que lo pienso.

Finalmente emprendimos la retirada cubiertos de sudor.

Yo iba secretamente satisfecho porque el rifle me pesaba mucho y le tenía miedo al culatazo.

Dos veces me había resbalado avanzando a través de las rocas cubiertas de musgo que bordean la playa de Los Enamorados.

Buscaba huellas del león entre las tobas, o quizás huesos rotos de sus víctimas.

Las dos veces la mirada entre asustada y reprobatoria del Tito me había hecho imaginar un perdigón atravesándome los dientes.

No era fácil la vida del cazador de leones.

Recuerdo que íbamos en fila india y yo caminaba delante, en silencio y muy serio.

Solo abría la boca para decirle al Tito cómo habría matado al animal si lo hubiera visto.

“Le habría dado así”, le decía, dándome vuelta, cerrando un ojo y apuntando a un blanco imaginario.

El Tito sonreía.

Al llegar a la casa una de las viejas nos gritó algo que no alcanzamos a entender, y luego todas empezaron a reírse al unísono, incluso el Tito.

Pero sobre todo se reía la superabuela, con sus carcajadas de hiena que parecían brotarle de las encías y producir un espasmo que se iba expandiendo por el resto de su cuerpo.

Estaban borrachas, como te puedes imaginar.

Las botellas de champaña vacías se amontonaban al pie de la mesa de mimbre del patio.

El Tito llegó derecho a sentarse con ellas y servirse un vaso de vino.

Alguien estaba lavando los platos adentro y escuchando a Donizetti mientras yo corría a buscar la baqueta para limpiar el cañón de los rifles.

Con lo cual entiendo recién ahora, treinta y cinco años después de esa tarde y tan solo una vez que la he puesto por escrito, que se

trataba de una broma.

Lo que supongo que no es del todo extraño cuando uno hace el ejercicio de revisitar sus recuerdos.

Un asunto de óptica, supongo.

De dejar de recordar los recuerdos con los ojos de ese pasado y enfrentarlos al presente que nos hemos fraguado.

Un presente en el que ya no hay superabuelas ni tíos Titos, por lo demás.

Y tampoco leones valdivianos.

Porque las viejas se reían de mí y no de haber vuelto con las manos vacías.

Porque los leones valdivianos no existen.

Nunca existieron.

Ni siquiera en la mente de los valdivianos.

La nana (no mi abuela) se llamaba Mitzi.

Aunque ahora sospecho que ese nunca debió de ser su nombre real.

Siendo que a las personas cercanas muchas veces llegamos a conocerlas antes por sus apodos que por sus nombres de pila.

El nombre del Tito, por ejemplo, era Héctor.

Un dato que averigüé en su funeral.

Pero por supuesto una nana (que no la Nana) nunca es lo suficientemente cercana como para que la conozcamos de verdad.

Con lo cual uno pudiera aventurar que los apodos en realidad buscan dejar establecido un grado de posesión antes que de cercanía.

Lo que me recuerda una galleta de la fortuna que decía: “No hay coincidencias en los nombres. Fíjate bien en el tuyo; puede que veas plasmado en él tu futuro”.

Y tal vez por eso nunca he dejado que nadie acorte el mío.

Ni tú ni mi exesposa.

Ni la superabuela, ya que estamos.

Quizás intuía desde chico que las herramientas de reducción se parecen todas, y que sucumbir a cualquiera te hace en cierto modo igual a los demás.

Un maricón sonriente, quiero decir.

Lo que en tu país nunca desentona, por supuesto, y en ese otro que yo empezaba a llamar mío, entre tantas sonrisas vacuas, quizás tampoco.

Es probable que también intuyera, cuando todavía me creía un cazador de leones, que mi nombre ya encerraba suficientes contradicciones como para andar buscando otras más.

Siendo que mi nombre, italiano, significa “El francés”.

Un nombre que por cierto se había puesto de moda en esa época de la que te hablo gracias al Papa de turno, un tipo que llamaba la atención por su afición al fútbol y a mentir.

Como todos los Papas, lo sé.

Recuerdo a la Mitzi, la nana que olía a cloro y era mapuche, pelando limones en Valdivia y poniendo las cáscaras sobre la estufa a leña antes de que empezara la teleserie del siete.

Recuerdo a mi abuela gritando esta casa huele a puticlub.

Yo me sentaba al lado de la Mitzi a comer compota de manzana con harina tostada mientras ella tejía chalecos y bufandas de lana a su nieta de un año.

Cuyo nombre he olvidado.

Así como he olvidado el nombre de todas las nanas del sur (que no el de la Nana), que quizás hoy ya no estén todas vivas.

Siendo que de la mayoría de las muertes que acontecen durante nuestras vidas no nos enteramos nunca.

La Mitzi que olía a cloro y era mapuche, y a la que mi abuela solía gritarle china cochina cuando se enojaba, era más ladrona que cochina, si hemos de ajustarnos a esa realidad especial de los recuerdos.

Pero hasta que no se identifique el gen de la pobreza la cacofonía de las razas tendrá que servir.

Una vez le grité que era fea y no me faltaba razón.

Al menos la superabuela me celebró la ocurrencia con una carcajada de hiena desde el comedor de la Nana.

Con lo que vuelvo a los ojos del ciervo.

Según se alejaba de mí dando saltitos y mirando hacia atrás.

No lo seguí, como te puedes imaginar.

En parte porque como te dije no creí ver en esos ojos negros una invitación.

Pero sobre todo porque estaba curado y había descuidado mis pies.

Sin ese ardid de viejo zorro me había vuelto el mareo al observar la claridad de lo que había sido apenas un instante atrás un cielo particularmente estrellado, como recordarás.

Llevaba dos años sin vomitar y desconfiaba de la generosidad de los Schroeder o de la lluvia para disfrazar ese desliz.

Lo que hice fue arrastrarme hacia mi casa y vomitar allá.

No llegué hasta los baños del segundo piso pero sí al lavaplatos de la cocina.

Lo que ahora me parece un prodigio y en ese momento, acostumbrado como estaba a los equilibrios precarios, algo natural, sin duda.

Recuerdo que activé el triturador de basura y lo que había comido esa noche desapareció junto a un par de pedazos de pizza mordisqueados por Philip Oosterom, mi compañero de cuarto alemán.

Un rubio cenizo de mirada intensa y rostro rosado y virginal.

Mi segundo cerdito alemán, ahora que lo pienso, aunque este era

flaco y no tan alto como aquél que tarareaba a Caravadossi en baños ajenos después de culear.

En ese momento me empecé a sentir mejor, eufórico al recobrar el equilibrio y recordar mi encuentro animal.

Cada vez más convencido de que hay cosas que solo funcionan cuando están al borde de no hacerlo más.

Me senté a escribirte una carta sobre el aliento del ciervo, la noche estrellada y mis pies.

Pensando que la memoria siempre es más larga que cualquier momento pero está destinada igualmente a desaparecer.

Aunque parezca que nunca termina de terminar.

La memoria, inestable como las partículas de polvo a la luz del atardecer.

O como un dolor de guata.

O como construir crédito haciendo clases de lengua y literatura en mi nuevo país.

Lo único que podía hacer, por lo tanto, ahora que cada vez pensaba menos en ti, era evocarla y evocarte borracho al escribir.

Después de remontar una colina que no era tan alta, es cierto, pero sí empinada, más que un zigurat, menos tal vez que un teocalli o un emblema imperial.

No importaba cuán abatido por el cansancio estuvieras, había que subirla de nuevo cada vez.

Aunque el sudor bañara tu espalda y tu frente, aunque la tierra que levantaban tus pasos al caminar no te dejase ver.

Aunque una mañana bajando la colina entregado por entero y como en un trance al azar te los encontraras a los dos, a dos cuadras de tu casa, en la intersección de las calles llamadas Corte y Amanecer.

Sin culpa ni vergüenza, ahí están tu exesposa y su cerdito alemán, el que antes de volverse traductor y traidor solía ser tu mejor amigo.

Caminando por la calle sin que el universo se rebelara o dijera nada al respecto.

Tu exesposa y tu ex mejor amigo caminan juntos por el universo, amándose y olvidándose de ti con cada paso que dan, y el universo no quiere o no puede o no sabe reaccionar.

Te deja todo el trabajo a ti.

Con lo que de pronto recuerdas cuando con ella llegaste a esa ciudad en la que seguirás viviendo en la época en la que escribas cartas curado.

Recuerdas que sin saber nada de esa ciudad llegaron a ella movidos por un impulso que en cualquier caso no tardaría en desaparecer.

Recuerdas que descubrieron inmediatamente que estaba construida en la punta del cerro en medio de un bosque.

Los únicos llanos ondulaban suavemente desde los pies de la colina hasta la orilla de un lago.

Estaban rodeados de precipicios y cascadas que hacían el acceso a la ciudad tan difícil como engorroso.

En invierno el aeropuerto cerraba sus puertas y las carreteras se clausuraban varias veces al mes.

Cipreses y arces bordeaban las calles y en las afueras todavía podían verse granjeros arando la tierra con bueyes blancos.

Si seguías la línea de la carretera los campos daban paso a millares de olivares.

La tierra se aplastaba y todo el horizonte se volvía de repente un gran viñedo en el que las ramas nudosas de cada árbol eran abrazadas por vides que daban sobre todo un amarillo verdoso dulzón.

Bastante bueno, por lo demás.

El tipo de vino que primero te atonta y luego te confunde pero lo hace susurrándote que eres feliz.

A mi exesposa y mi mejor amigo los presenté yo, dos semanas después de mudarnos a esa ciudad.

Estábamos en un bar de salsa celebrando el comienzo del año académico.

El único al que yo realmente conocía allí era al cerdito alemán.

No dejé que se nos despegara en toda la noche.

Sonaba por los parlantes una música infernal y la gente de mi nuevo país bailaba sin mover las caderas.

Daban pasitos cortos y en sus caras podías ver que como con todo lo demás en sus vidas parecían seguir un manual de instrucciones.

Yo no bailo pero mi exesposa sí lo hace así que les sugerí que se fueran a conocer mejor.

Desde la barra los veía sonreírse y pensaba que se llevaban muy bien.

Lo tomé como un buen presagio.

Creo que yo quería tanto que las cosas salieran bien que buscaba el equilibrio perfecto en todo.

Ignorando que muchas veces las cosas solo funcionan cuando están a punto de no hacerlo más.

En esa época con mi exesposa vivíamos en una casa con patio al fondo de la colina.

Con lo que ninguno tenía la obligación de subirla o bajarla para ir a trabajar, como te puedes imaginar.

A veces lo hacíamos por gusto.

Como para burlarnos de la colina la subíamos y nos quedábamos un par de horas en el bosque antes de regresar.

La colina no tenía ningún poder sobre nosotros, solo era una cosa más del paisaje.

Esos fueron seguramente los días más felices de mi vida.
Esos los días con los que comparar todos los que vendrían después.
Entre lo que ganaba mi exesposa traduciendo y lo que me pagaban a mí por pretender que se podía enseñar lengua y literatura la plata por primera vez me duraba hasta fin de mes.
La vida era entonces un continuo de sexo y alcohol.
En ese orden magnífico.
En pelotas y pegajosos abríamos un amarillo verdoso y escuchábamos a Beniamino hasta que nos volvíamos a calentar.
Ella en su ignorancia decía preferir a Jussi pero yo estaba dispuesto a perdonarle todo.
Recuerdo que una noche de esos primeros meses ella me metió la lengua en la raja y se empezó a reír histéricamente mientras repetía "¡Nunca había hecho eso! ¡Nunca había hecho eso!".
Yo la creí.
Esa rutina en el bosque a los pies del cerro duró algunos años más.
Hasta que mi gringa necesitó ayuda con una traducción.
Para más remate fui yo el que le sugirió que hablara con el alemán.
Tan bueno para los idiomas que es ese cerdito, fue lo que le dije.
Recuerdo que esa era una traducción importante para ella.
Es decir que venía acompañada de un montonazo de plata.
Es decir que era importante para los dos.
Cuando la terminara íbamos a viajar.
Ella quería ir a Islandia y yo salir un rato de esa ciudad invernal.
Un día volví de improviso al departamento.
El resto te lo puedes imaginar.
La ducha estaba prendida, las luces apagadas, las cortinas corridas.
Desde el pasillo escuché una voz de hombre tararear a Cavaradossi.
Desterrado para siempre, lo escuché cantar.
No me costó reconocer la voz.
¡El cerdito alemán!
Pensé entonces que a lo mejor se trataba de una deformación profesional.
Mi amigo se había vuelto un traductor y por consiguiente tenía que volverse también un traidor.
Teníamos paredes delgadas con mi exesposa y en ese primer momento lo que más me molestó fue pensar que mis vecinos pudieran llevar varios días mirándome distinto.
Con pena o burla según fuera el caso.
Con lo que me mudé a la punta del cerro a vivir con otro alemán rosado.
Uno virginal, que acostumbraba comer pizza varias veces a la semana y no engordar.
Estaba casi seguro de que al menos por mi barrio no los vería más.

Como si creyera que el destino se compadecería de mí y no volvería a cruzar nuestros caminos.

Entenderás por tanto mi sorpresa al encontrarlos apenas un par de meses después, a dos cuadras de mi casa, apenas a cien metros de mí, en la intersección de las calles Corte y Amanecer.

Corte y Amanecer.

Como si el advenimiento de mi nueva vida tuviera que pasar primero por un veredicto alboreal.

Justicia poética, diría mi abuelo, el esposo de la Nana, que siempre andaba buscándole lógicas al universo.

Hay que ordenar la existencia, cabro chico, me decía cada vez que se servía un vaso de vino tinto.

Luego procedía a explicarme en detalle las acciones y reacciones cósmicas que podían verse a diario en el mundo y en las personas que lo habitaban.

Una pseudofilosofía que se había ido inventando mientras leía libros que solo comprendía a medias.

Una manera como cualquier otra de sacar algo en claro de la realidad.

O de escapar de ella, que tal vez sea lo mismo.

La existencia, cabro chico, solo se puede ordenar cuando erís viejo como yo y cuando estai chupando, me decía.

Yo no entendía bien a qué se refería pero lo asociaba a que en mi corta experiencia observando borrachos siempre estaban felices y como atontados.

Un día mi abuelo tuvo un infarto cerebral y se le quedó para siempre una cara de idiota.

Siempre siendo los tres años que tardó en morir.

O en otras palabras el tiempo que tardó la realidad en alcanzarlo.

La Nana dejó que el bigote le creciera hasta taparle toda la boca.

De modo que el descontrol idiota quedara oculto de los demás.

Yo la veía cambiándole los pañales cada mañana y no podía evitar pensar en la teoría de la digestión de mi abuelo.

Todo se digiere, me decía con una sonrisa amoratada.

Refiriéndose a lo que él entendía como el subconsciente colectivo de la humanidad y a cómo según él todas las personas estaban siempre presentes en los pensamientos de los demás.

Sus existencias siendo recicladas mentalmente una y otra vez hasta el infinito.

Así conocí a tu abuelita, me decía cuando ya se había pasado al brandy.

A la Nana nadie le tiraba challa en la plaza hasta que un día me acerqué yo.

Lo que hice fue decirle que la quería, cabro chico.

Luego me di media vuelta y no volví a mostrar mi cara en dos meses.

Le dije que la quería y después me desaparecí.

Eso fue todo.

Cuando volví a la plaza, me dijo mi abuelo, con mi traje recién planchado, encachado, con el pelo peinado hacia atrás, tu abuelita estaba caminando con unas amigas, riéndose por lo bajo mientras unos huevones de La Unión les tiraban challa.

Pero ella vino directo hacia mí apenas me vio, cabro chico, como si no existieran esos huevones, como si no existiera ningún otro huevón en todo el universo, y me regaló una cajetilla de cigarros que me tenía guardada.

¿Lo ves?, me dijo mi abuelo.

Pura digestión.

Le dije que la quería y entonces ella me compró cigarros.

En eso pensaba mientras veía cómo la Nana le limpiaba el ano con pedazos sueltos de confort que yo le traía desde el baño.

La caca de los viejos diabéticos tiene un olor peculiar, como te puedes imaginar.

Huele distinta a todas las otras cacas.

Es como una sidra que se puso mala mezclada con un plátano podrido en una licuadora en la que has cagado con diarrea después de una resaca brutal de vino tinto.

La justicia cósmica, abuelito, dónde quedó que no la veo, me habría gustado decirle entonces.

Pero yo tenía diez años cuando se murió y solo atiné a ponerme a llorar para que nadie sospechara de mí y de mis mezquindades.

Luego llegué a pensar que nos habríamos llevado bien, él y yo, como suele ser el caso entre los borrachos intempestivos y resentidos.

Mi abuelo había crecido creyendo que sería cantante de ópera algún día.

Pensando en Beniamino sin duda y queriendo robarle el destino.

Estaba convencido de que porque en su infancia había tenido voz de contralto, como todos los grandes tenores según nos repetía a menudo, esa coincidencia lo instalaba en una tradición.

A pesar de que era flaco como un palillo chino y fumaba tanto que a veces le faltaba el aire en medio de una conversación.

Me contaba que cuando tenía mi edad cantaba a grito pelado, con toda la fuerza de sus pulmones, con lo que le costaba llegar a las notas altas, pero que luego había aprendido a respirar con su caja torácica, la respiración costal, cabro chico, que consistía en hundir la guata al tiempo que se inflaba el pecho.

Como esos hippies, los yoguis.

Había que mantener el apoyo del aire tan abajo contra la guata

como fuera posible.

La idea era que las vías hasta la cabeza quedaran libres para que la voz saliera sin trabas.

Es decir que no había nunca que cantar mirando hacia abajo o doblando la espalda, eso era de huevones ignorantes, cabro chico.

Y había que cantar hacia uno mismo, nunca hacia los demás, porque lo importante era que las notas se pudieran sentir a través de todo el cuerpo.

Todo lo de afuera daba lo mismo.

Todos los demás daban lo mismo.

Decía que todas esas cosas las había aprendido solo, cantando desde antes de aprender a hablar incluso, porque tal era su destino.

Tengo lo que los expertos llaman una voz naturalmente colocada, me decía, así que nunca tengo problemas con la media voz.

¿Te das cuenta, cabro chico?, me decía, es como un milagro, tengo un don.

Yo no me daba cuenta de nada.

Mi abuelo nunca cantó ópera, a menos que cantar borracho en el bar o resacoso en la ducha cuenten de algo.

Solo llegó a trabajar en una farmacia, o, como se llamaban entonces, una botica.

Le gustaba trabajar en una botica porque decía que en ella se mezclaba lo cotidiano con lo cultural.

Lo cotidiano era para él el pueblo que pasaba por ahí y se quedaba un rato para cahuinear.

Lo cultural, o al menos una vaga sensación de cultura que él no sabía explicar muy bien, la venían a enfatizar todos esos nombres en latín en los cajones y jarras de la tienda.

Las viejas le describían al detalle sus dolencias, decía, y las dolencias de sus conocidos, aunque solo fueran conocidos (o dolencias) de oídas.

Según él por eso tomaba tanto.

Había empezado a tomar, decía, con el boticario y sus amigos.

Los amigos del boticario solían llegar a la hora del almuerzo y se encerraban en el despacho a tomar brandy y escuchar a Beniamino.

A veces invitaban a mi abuelo y le pedían que les cantara algo.

De premio le daban un vaso que el boticario le obligaba a engullir antes de volver a atender a los clientes.

Decía mi abuelo que entre esos almuerzos y las enfermedades del pueblo se había vuelto un borracho.

Porque según decía desde que empezó a trabajar en la botica el pueblo se le había vuelto una enfermedad ambulante, una lista de aflicciones conocidas o sospechadas que lo amenazaban en cada esquina.

No se puede vivir rodeado de enfermos, cabro chico, me decía mientras tarareaba líneas de Cavaradossi.

Y brillaban las estrellas, y olía la tierra, cantaba el viejo con una sonrisa en sus labios.

Mi abuelo empezó trabajando en la botica como asistente de químico y después de cuarenta años llegó a ser asistente de químico.

Un gran triunfo del espíritu y de la voluntad.

Por mi parte yo había tenido sueños similares cuando era joven y todavía vivía en tu país.

Sentía que nos unía esa decepción que yace entre ciertas certezas tristes sobre nosotros mismos y ciertas dudas no más felices sobre el lugar en el que nos tocó nacer.

Para entonces la Nana me había contado su versión de los hechos, en lo que a su historia de amor se refiere.

En esa versión ella estaba enamorada de otro tipo que salvo algunas noches nunca la correspondió por entero.

Con lo que eligió a mi abuelo, que parecía bastante disponible y dispuesto a ser más constante.

Y además tenía bonita voz.

Cuando se casaron, los sueños de mi abuelo de ser el príncipe Calaf en el Met ya habían sido reemplazados por los de ordenar la existencia y alejar la enfermedad un vaso de vino a la vez.

Yo nunca dejé de reconocerme en él, como te puedes imaginar.

En mi cabeza veía a mi abuelo pasando al bar todos los días después de la botica para superponer una borrachera a la otra, y luego haciendo zigzags de camino a su casa.

Yo quería ser su amigo.

Para el terremoto del 60 mi abuelo había sido uno de los hombres que se quedaron en Valdivia después de que evacuaran a las mujeres y a los niños en aviones de la fuerza aérea.

Se decía que un lago se iba a desbordar e iba a cubrir la ciudad bajo 8 metros de agua.

Valdivia estaba abandonada, habitada solo por algunos tipos que esperaban cada día a que les llegara la muerte.

Hay una foto de algunos de ellos recorriendo el centro, caminando entre los escombros y las pocas construcciones que quedaron en pie.

Mi abuelo tiene en la mano un disco de doce pulgadas cubierto de polvo pero aparentemente intacto que me imagino encontró ese mismo día.

Porque le está sonriendo a la cámara con picardía me gusta pensar que es un disco de Beniamino que nunca antes había escuchado y que lo acompañó hasta el infarto cerebral.

Los hombres de la foto parece que estuvieran en el set de una película de guerra.

Nunca entendí muy bien por qué en vez de escapar se quedaron entre las ruinas de Valdivia a esperar las olas que habrían de sepultarlos a todos.

Pero en el caso de mi abuelo sospecho que su decisión tenía que ver con la ópera y una idea retorcida del destino.

Su vida hasta entonces era cómoda y como dice la galleta: “Teme lo cómodo porque a lo cómodo te acostumbrarás”.

Creo que al menos fue capaz en ese momento de fantasear con otra posibilidad.

Los hombres de los escombros se juntaban para pasar el tiempo a jugar cartas en el prostíbulo que estaba camino al aeródromo.

El único lugar de toda la zona en el que todavía se podían encontrar vino y mujeres.

Culear y tomar siendo con seguridad las únicas dos cosas que valía la pena hacer esos días, como te puedes imaginar.

El lago en todo caso nunca se desbordó.

Con lo que eventualmente mi abuela volvió a Valdivia con el resto de las mujeres y los niños.

El lago no se desbordó porque miles de huevones viajaron con sus propias palas a cavarle una salida.

Déjame escribir eso de nuevo: el lago no se desbordó porque una serie de huevones equis *le cavó una salida*.

Algo que solo en un país tan miserable como el tuyo puede volverse motivo de orgullo y no de vergüenza nacional.

Cuando mi abuela llegó a la casa la encontró vacía y siguió estándolo hasta el anochecer.

Los vecinos no sabían nada de mi abuelo.

Los amigos no sabían nada de mi abuelo.

Nadie sabía nada de mi abuelo.

Como no eran extraños los accidentes en esos días y noches de réplicas súbitas, alguno aventuró lo que todos estaban pensando.

Intempestivamente borracho entre los escombros mi abuelo había dejado de existir.

Pero a mi abuela de pronto se le prendió la ampolleta.

Con los ojos desorbitados y un cigarrillo humeante en su mano dejó a mi madre en la casa de los vecinos y salió corriendo.

Mi mamá la vio desaparecer por el pasaje sin darse vuelta ni una vez.

Me diría después que le había parecido como si el humo del cigarrillo cubriera toda su cabeza.

La Nana encontró a mi abuelo una hora después.

En el puticlub.

Mi abuelo al principio se negó a volver.

Estaba entre confuso y atontado.

Se había enamorado de una puta, le dijo a mi abuela, y quería darle hijos.

Empezar de nuevo, de cero, es lo que le dijo mi abuelo a mi abuela que quería hacer.

Ignorando que nunca se puede realmente volver a empezar.

Ni de cero ni de diez ni de veinte.

En eso pensaba al recordarlo desnudo boca arriba con las piernas abiertas y a mi abuela moviéndole las bolas para poder limpiarlo mejor.

Mi amigo mi abuelo.

Ahora sé por supuesto que buscar afinidades con los muertos es propio de aptos ignorantes y de gente cuya naturaleza es propensa a lo ruin.

Como quien compra un libro y parece asumir que asimismo le pertenece su contenido.

Uno se hace amigo de los muertos solo para hacerles un flaco favor.

Para apropiárselos, robarles sus ideas y tradiciones, pretender que nos son propias también, se hace uno amigo de los muertos.

Para agregarle valor a unas vidas, las nuestras, que sin el de ellos valen menos.

Me imagino que porque cuando uno no tiene o no sabe encontrarle ningún mérito al presente está obligado a buscar uno en el pasado.

Tengo un primo por ejemplo que habla de mi abuelo como si lo hubiera conocido.

Como si él y él compartieran si no un destino sí al menos una línea vital.

Le he visto llegar al extremo de usar su ropa.

La que usaba el viejo cuando ya se le había quedado la cara de idiota que el bigote buscaba ocultar.

Y le he escuchado hablar de Valdivia como si quisiera hacerte creer que aprendió a caminar o a respirar bajo el agua o a culear ahí.

Cuando lo cierto es que no llegó a pisar esa ciudad hasta que no tuvo 16.

Los pobres muertos.

Nunca los vamos a entender.

Siempre los vamos a pasar a llevar y tergiversar hasta la extenuación.

Como a una bisabuela que a lo mejor sí se limpió la raja durante la destrucción de su ciudad.

O una galleta de la fortuna que dice “La memoria siempre escribe el punto final”.

Insistir en hablar con los muertos en ese sentido no es más que un síntoma de debilidad.

Parecido a intentar ordenar la existencia cuando se es viejo o se está curado o se remonta una colina en zigzag para llegar a escribirle cartas a alguien que probablemente no se las merezca.

Lo que no cambia el hecho de que en la calle Corte me los fui a encontrar.

Caminando de la mano, nada más.

En mi calle, ¡nada menos!

Aunque te cueste creerlo algo reaccionó en mí y les grité.

A lo mejor recobré ese día mi coraje tantos años escondido.

¡Animales!, fue lo primero que salió de mi boca.

¡Hijos de perra!, lo segundo.

¡Conchas de su madre!, tal vez fuera lo tercero.

Como si para mí primero hubieran dejado de pertenecer a la raza humana y como si después solo lo hicieran *parcialmente*.

Ni siquiera dignos de ser un cuerpo completo.

Los dos me ignoraron, como te puedes imaginar.

Siguieron caminando, quién sabe a dónde, quién sabe de dónde, en esa mañana otoñal.

En la que yo por cierto sufría una ligera resaca por las cervezas de la noche anterior.

Quien dijo que un mes puede ser cruel no entendió nada.

Absolutamente nada.

La crueldad se reserva para los momentos del día.

Mi exesposa y mi ex mejor amigo siguieron su camino tomados de la mano, tal vez apretándolas más, sin inmutarse o inmutándose en pareja que es incluso peor.

Haciendo cuenta de que el tipo que les gritaba a menos de cien metros, es decir el que los había presentado, es decir el que se casó con una y era mejor amigo del otro, nada tenía ya que ver con ellos dos.

Como habría hecho yo también, qué duda cabe.

No me malentiendas, en ese momento ya no éramos nada.

O éramos al menos otra cosa.

Ni opuestos ni rivales éramos, pero quizás sí enemigos, que no es lo mismo.

Por lo que si yo hubiera estado en su lugar le habría sonreído al perdedor.

Porque de cabro chico me enseñaron mis abuelos y mis tíos que no se puede ganar sin algún grado de humillación.

¿Quién dijo que ignorar a alguien es lo más doloroso que se le puede hacer?

Dudo mucho de la persona que haya dicho eso.

Sospecho que nunca ha humillado a nadie.

O sufrido una verdadera humillación.

No por nada escribió un sabio chino lo siguiente en una galleta: “Las victorias se reconocen por el camino que las precedió: es glutinoso y hiede”.

Nada peor que un cautivo del patetismo o un pasivo de la derrota.

Alguien que se conforma con una pelea indemostrable, sin sangre o labios partidos, narices o dientes rotos.

Del mismo modo, sin mocos o lágrimas, ¿quién hay que pueda confirmar una humillación?

Dicho de otro modo, ¿qué cicatriz que se precie de su duración es solo interior?

En todas esas cosas pensaba mientras te escribía después de remontar la colina borracho ese día en que los vi juntos por primera vez.

Lo que me lleva a recordar que no mucho tiempo después tuve otro encuentro casual con un animal.

Cuando una ola polar cubrió de nieve las calles de la ciudad.

Al punto de que el alguacil decidió clausurarlas por una semana.

Muchos de nosotros no estábamos al tanto ni siquiera de la existencia de un alguacil, como te puedes imaginar.

Pero la noticia en cualquier caso nos alegró a todos por igual.

Tal vez nos hizo pensar que cuando pasaban cosas como esa el encargado de hacernos sentir a salvo era el mismo de hace cien o doscientos años.

Como si en nuestra historia hubiera sombras preexistentes que vivieran fuera del tiempo y de vez en cuando se hicieran notar.

Con las calles y los bares cerrados y mi trabajo suspendido, como es natural no salí de la casa en seis días.

Me dediqué en cambio a rumiar de un lado a otro de mi habitación.

A veces miraba nevar por la ventana mientras fumaba sin parar.

Otras veces releía los libros que pronto habría de enseñarle a decenas de aptos ineptos y que estos no sabrían entender.

Durante esos días de encierro pensaba con frecuencia en ese momento en el que terminas de dar una clase y tus alumnos abandonan la sala mientras tú limpias el pizarrón.

Ese momento en el que te das cuenta de que acabas de compartir algo con el mundo que se va a perder para siempre, que de hecho ya se perdió.

Esos seis días yo estaba como muerto, como te puedes imaginar.

Pero al séptimo renací.

Evidentemente lo primero que hice fue dirigirme a un bar.

Y luego a otro.

Y luego a otro.

Hasta que ya no sabía quién ganaba esa batalla algo desigual por

quemarme la garganta, si el viento gélido o el brandy del Chanticleer.

Entonces me encontré a mi segundo animal.

A punto de remontar la colina para llegar a escribirte una vez más vi los ojos de un zorrillo fondeado debajo de un auto brillar.

Y luego lo vi balancear su cola al salir en mi dirección.

El zorrillo planeaba entre la nieve, o así me lo pareció.

Tenía toda la pinta de no necesitar patas para avanzar, de no tenerlas siquiera.

Parecía en realidad un perro lanudo al que nunca le habían cortado el pelo sus dueños.

Tanto así que de su rostro cubierto por el flequillo solo sobresalía la nariz.

Yo me quedé quieto paralizado por el miedo y la anticipación, sintiendo cómo se me humedecían las corvas y luego los tobillos.

Tardé en comprender que me había meado.

Me lo indicó la nieve amarillenta derritiéndose alrededor de mis pies.

De pronto el zorrillo planeador se detuvo en seco y levantó la vista hasta que nuestras miradas se cruzaron.

Yo cerré los ojos y apreté los puños encomendándome a ese sudor de las palmas que tantos resultados me había dado en el pasado.

El tiempo se detuvo o se estiró o implosionó sobre sí mismo.

Con lo que te quiero decir que fui capaz en ese momento de contar cuántos pelos se me habían erizado en la nuca y además concluir que se me había quedado la tarjeta de crédito olvidada en el último bar.

Finalmente sentí al zorrillo rozarme los pies según me pasaba por el lado.

Sin atreverme a mirar hacia atrás apenas si entreabrí los ojos y remonté la colina con el olor a marihuana prensada todavía fresco a mis espaldas.

Preguntándome entre cada zigzag por qué me habría perdonado la vida el animal.

Las manchas de orina en mis pantalones siendo mi principal suposición.

Caminé esa madrugada con la espalda tiesa con el mismo espasmo de terror que desnudaban los ojos del ciervo.

Ojos negros como los míos en los que cabía la inmensidad de cada noche estrellada del universo.

Y en los que a la vez no cabía nadie más.

Pero a diferencia del ciervo que corre asustado mirando hacia atrás solo para darse de bruces contra el garaje de los Schroeder yo no corrí ni despegué la vista de mis pies.

Remonté en cambio la colina una vez más, haciendo zigzags y respirando por la nariz con los puños cerrados.

Pensando en el zorrillo que había decidido rozarme una pierna y nada más.

Y en ese instante en el que cruzamos miradas que yo temí prolongar.

Ocurre que en medio de una nube de alcohol la complicidad a menudo se malentiende.

Los impedimentos para atar cabos siendo muchos y de muy variado orden, como te puedes imaginar.

Con lo que uno se siente a veces tentado a aliarse con un ciervo que no quiere nada contigo antes que con un zorrillo que te hace un favor.

Tal vez porque cuesta entender que quien tiene cierto poder sobre ti prefiera no ejercerlo.

Quizás de haber estado más sobrio habría corrido a buscar al zorrillo para decirle que aceptaba su amor de buena gana.

Pero en cambio al llegar a la casa procedí a despegar los pedazos de hielo amarillento que se habían incrustado en mis talones y calcetines.

Luego me senté a escribirte otra carta.

En la que te escribía del invierno y del pelaje del animal.

De su mirada en la mía y de mis pies cubiertos de orina congelada al amanecer.

Lo hice acaso sacando la lengua sin darme cuenta.

De pronto un cachorro de pastor alemán en medio de una exhortación patética por llamar tu atención.

Mientras tú salías o vivías con otro en esa ciudad gris y fea en la que yo también nací pero de la que supe escapar a tiempo.

Aburrido de los hombres y mujeres grises de tu país que incluso borrachos solo saben mentir y engañar.

Mientras mi exesposa y mi mejor amigo se tomaban de la mano después de culear y salían a la calle sonrientes y relucientes.

Ignorando sin apenas esfuerzo al pobre diablo que les hacía gestos y señas desde el otro lado de la calle.

En ese pueblo en medio de un bosque en la punta del cerro en la que yo vivía entonces.

Mientras en su pieza mi compañero de cuarto alemán, al que yo imaginaba mordisqueando un pedazo de pizza con pepperoni y aceitunas negras, le gritaba algo a alguien en su idioma.

O le decía algo a alguien en su idioma.

O veía una película en la que alguien hablaba o le gritaba algo a alguien en su idioma.

Así era muy difícil concentrarse para escribir una carta.

Yo quería contarte del zorrillo y de la orina y no podía hilar dos frases seguidas.

Ante lo cual me puse serio y aparqué mi embriaguez.

Francés, me dije, tienes que hacer algo.

Ese algo fue poner música lo suficientemente fuerte como para que el alemán rosado pudiera escucharla a través de la pared.

Música estridente que apagué solo cuando noté que ya no llegaban más ruidos de su habitación.

Alimentando la sospecha de que no se puede ser insoportable sin hacérselo saber a los demás de vez en cuando.

Esto es cierto porque es increíble.

No conozco a nadie que no necesite de pequeñas venganzas como esa para sobrevivir a este mundo.

O para ordenar la existencia, si lo prefieres.

Aquí y acá y acullá.

Venganzas en tu país y venganzas en mi nuevo país y venganzas en cualquier otro país que sirven lo mismo para purgar la frustración que para terminar de afirmarla.

Si existe esa persona noble que le hace el quite a las venganzas no soy yo.

Tampoco tú.

Ni mucho menos mi exesposa en cuatro patas, o mi mejor amigo detrás de ella con las manos abiertas sobre sus nalgas.

O mi compañero de cuarto, a quien escuché a la mañana siguiente correr a meterse a la ducha no bien sintió mi despertador.

Con lo que llegué tarde a enseñar, como te puedes imaginar.

Tal vez, de haberlo, de existir ese ser que nunca necesite de pequeñas venganzas, y solo tal vez, se trate de un sabio chino que ocupa sus tardes y noches pensando galletas de la fortuna.

Ignorando que hay un perro dispuesto a contradecir cada proverbio que se pueda inventar.

Las mejores venganzas de este tipo que conozco eran las de mi amigo Beto.

Beto era un novelista fracasado y un poeta frustrado que también vivía en esa ciudad en medio de un bosque en la punta del cerro en la que yo vivía en esa época.

Lo conocí en un bar pocos días después de escuchar a mi mejor amigo cantar las líneas de Cavaradossi desde el mismo baño en el que yo me afeitaba las bolas cada semana.

En sus novelas Beto siempre escribía sobre poetas mediocres que se rebelaban contra la fealdad del mundo.

Para caer luego derrotados sin remedio.

Porque contra la fealdad del mundo en realidad no se puede luchar.

No me costó demasiado deducir que en la mente de Beto ordenar la existencia significaba empezar por aceptar esa derrota.

Solo que mi amigo Beto como poeta no se rebelaba contra la fealdad ni contra nada sino que escribía sobre las mujeres que le habían hecho daño en su vida.

Mujeres que yo conocí en varios bares de mala muerte, por cierto.

Bares que tenían nombres como Pete's o Sammy's o Uncle Joe's.

Porque por alguna razón los bares de mala muerte en mi nuevo país solían llamarse así, blandiendo apodos, anda tú a saber por qué.

Como si los mismos dueños quisieran dejar establecido un grado de posesión.

Las mujeres de Beto por lo general usaban una capa de maquillaje de este volado y lo trataban como la caca, es decir como si fuera poquita cosa, es decir como si ellas fueran la gran cosa.

La palabra clave aquí siendo cosa, evidentemente.

Se trataba de un asunto de óptica, creo ahora.

Como casi todos los asuntos que involucran a dos o más personas.

Aunque por supuesto a mí solo me interesaba una perspectiva.

Como en casi todos los asuntos que involucran a dos o más personas.

A veces esas mujeres me recordaban a ciertas minas cuicas de tu país.

Otras veces a ti.

Beto les escribía poemas que eran como cartas que eran como pequeñas venganzas para sobrevivir a este mundo.

Poemas que estaban llenos de chistes internos que era imposible entender.

Intentos más bien tristes de un cachorro inseguro que busca llamar la atención pero en realidad lo que necesita es volverse a querer.

Algo que nunca le dije, por supuesto.

Sin duda porque nuestra amistad llegó a su fin antes de que pudiera hacerlo.

No es ningún secreto que las amistades nunca duran lo suficiente como para que uno alcance a decírselo todo.

O al menos cosas como esa.

Cosas como: "Tus poemas son como el hoyo, Beto, ¿qué onda?".

O: "Me parece que te quieres tan poco, amigo mío, que en el fondo crees que mereces que te traten mal".

O: "¿Por qué no te buscas otra mujer, alemán culeado, hijo de la gran puta, por qué tiene que ser la mía?".

Esas cosas uno nunca llega a decirlas.

Algo siempre pasa antes de que uno las diga.

Y de un día para otro se acaba la posibilidad de decirlas.

A Beto lo conocí como he conocido a casi todos mis amigos, un poco por descarte y otro poco por casualidad.

Como si yo nunca hubiera podido elegir mi futuro del todo y

realmente.

(Lo que tal vez explique a cierto alemán cantando a Cavaradossi en la ducha.)

En la mezcla de descarte y casualidad yo siempre era capaz sin embargo de apreciar un buen augurio a la vez que rechazar una conexión sobrenatural.

Como con Beto.

A Beto lo conocí en Argos.

Argos era un bar que no me gustaba nada pero en el que trabajaba una camarera argentina que sí me gustaba algo y que además me regalaba cervezas cuando su jefe no estaba mirando.

La camarera se parecía ligeramente a Penélope Cruz pero tenía la nariz más pequeña y una pera que no terminaba abruptamente.

Desconozco la altura de la Penélope Cruz original pero esta me llegaba a los hombros, es decir que era chica.

Se llamaba igual que yo.

Aquí sobra un francés, le dije cuando me lo contó.

Ella sonrió sin entender.

Eso lo adiviné porque le temblaron las comisuras de los labios con una coquetería que no era real.

Probablemente porque a esas alturas ya sabía que cuando estoy curado regalo mi plata en propinas y tragos para los demás.

Aparte de escribirle cartas a mujeres que alguna vez me rompieron el corazón.

Estuve tentado a pedirle el teléfono a Penélope Cruz en ese momento.

Notando que aunque no me hubiera entendido y quisiera mi plata, o quizás por eso mismo, flotaba en el aire cierta complicidad entre los dos.

Pero luego algo que recordé me detuvo, y con esa pausa el momento se esfumó.

Lo que recordé fue una larga historia de desamor con las camareras del mundo.

Tan larga como penosa, en particular cuando todavía vivía en tu país.

Yo conseguía sus teléfonos pero luego me emborrachaba y lo echaba todo a perder.

No una ni dos sino al menos ocho o nueve veces.

Camareras del mundo que habían visto algo en mí y luego descubrían a tiempo su error.

Con lo que mis historias de amor con las camareras solían durar lo que dura un partido de fútbol.

Pero al menos hacían reír a mis amigos después.

Lo que nunca alteró mi método, como te puedes imaginar.

Ni impidió tampoco uno o dos éxitos menores, que a la luz del día y con resaca siempre tenían menos de heroico que de abyecto.

Quizás haya en esa penosa dialéctica alguna moraleja escondida.

A ver qué dicen las galletas.

“Incluso en oposición todas las cosas son solo una, y tu esfuerzo está predicado no en tu voluntad sino en la del universo”.

No está mal.

“Deshacer con eficacia lo andado también puede llegar a ser una virtud”.

O algo así.

A eso hemos llegado, a consultar galletas de la fortuna que reflejan el uróboros, o esfuerzo eterno, de la vida en un bar.

O en una colina, que para el caso es lo mismo.

Comerse la cola porque es instintivo hacerlo, o porque con los años uno descubre que así debe ser.

Por lo general a Penélope Cruz solo le hablaba mientras me servía cerveza o cuando el bar se empezaba a vaciar.

Quería distanciarme de los jotes vulgares que repletaban el lugar.

Seguramente porque sabía que en un bar uno está siempre a un solo paso de volverse uno más.

Esta vez no fue distinto.

La vi desde el otro extremo del bar, debajo de las luces estroboscópicas de la barra, mientras desarmaba la llave de paso y desconectaba las válvulas de los toneles de cerveza.

Una capa de sudor le hacía brillar el labio superior mientras se mordía el inferior sin darse cuenta.

Te juro que de su boca salía un arcoíris.

Con una media sonrisa caminé en su dirección.

Me sentía en una película de Bollywood en la que todo el mundo se hace a un lado y mira al protagonista como aplaudiendo con las pestañas.

Entonces noté que no era el único que caminaba hacia Penélope Cruz.

A mi derecha, a menos de tres metros, también lo hacía Beto.

Aunque en ese momento Beto no era todavía Beto sino tan solo un idiota que caminaba hacia Penélope Cruz y al hacerlo me robaba mi momento Bollywood.

O quizás lo intensificaba.

Algo que tal vez él también pensó, porque lo recuerdo arqueando las cejas cuando nuestras miradas se encontraron.

Luego me guiñó un ojo, eso sí.

En un segundo estuvimos frente a Penélope Cruz, que me miró a mí, luego miró a Beto, y luego sonrió al mirarnos a los dos al mismo tiempo.

Nos saludó como asumiendo que veníamos juntos a abordarla.

Una imagen bastante bollywoodense, como te puedes imaginar.

Lo que sucedió después no sé ni siquiera cómo empezar a describirlo.

No porque sea difícil de describir sino porque te va a sonar raro.

Ahí estábamos los tres, frente a frente, mientras prendían las luces del Argos y la gente lentamente se empezaba a ir.

De los bares como Argos la gente siempre se va por lo general en fila india y cabizbaja.

Se prenden las luces y la gente se va en silencio y arrastrando los pies de los bares como Argos.

Pero nosotros no nos fuimos a ningún lado.

Nos quedamos allí, quietos, conversando como viejos amigos, mientras atrás la luz echaba a los demás.

Beto era bastante más osado que yo, si tengo que serte sincero.

Tenía un codo apoyado en la barra y cada vez que le hablaba le rozaba el oído con los labios a Penélope Cruz.

Yo entendía la mitad de lo que él decía y además me veía obligado a adoptar un acercamiento menos frontal para no desbaratar la proporción.

Siendo que dos entusiasmos pueden resultar excesivos en casos así.

Y que en los triángulos los roles rara vez se pueden intercambiar.

En mi cabeza yo partía con ventaja porque ya conocía a Penélope Cruz.

Tenía por lo tanto varios puntos en común de los que agarrarme.

Incluso me solía pedir ayuda para cerrar el bar cuando estaba sola.

En mi cabeza yo partía con desventaja porque ya conocía a Penélope Cruz.

Tenía por lo tanto poco más que ofrecerle.

Penélope Cruz había sido testigo presencial de mi equilibrio precario más de una vez.

Tampoco debía ignorar que yo sospechaba por qué se encerraba en el baño cada dos horas.

Y sin misterio no puede haber un buen culeón.

Beto intentaba convencerla de venir con nosotros a otro bar que cerraba más tarde.

Pero está lloviendo, le contestó Penélope Cruz.

Qué coincidencia, le dijo Beto, la lluvia dorada me gusta a mí también.

Se hizo un silencio incómodo apenas Beto cerró la boca, como te puedes imaginar.

Penélope Cruz lo miró ladeando la cabeza hacia un lado, creo que decidiendo si pegarle una cachetada o reírse de él.

Yo también me lo quedé mirando sin saber si el tipo estaba curado

como pico o si sabía perfectamente lo que hacía.

Al final Penélope Cruz optó por sonreír una sonrisa que se fue formando en cámara lenta y que terminó en carcajada.

Supe en ese momento que había empezado a perder la batalla.

En el otro bar sepulté mis esperanzas cuando Beto miró fijamente a Penélope Cruz y como si recitara de memoria un poema comenzó a enumerarle todos los cafés y restaurantes de su ciudad natal.

Te apuesto que ibas siempre a almorzar al Ancla, le dijo Beto.

Y que tomabas café en La tiendita.

El hijo de puta le había reconocido el acento.

Penélope Cruz era del norte de su país, cerca de la selva, adonde Beto iba a menudo porque tenía familiares lejanos allí.

Pero para ella y para mí fue como si hubiéramos presenciado un acto de magia.

Yo estaba entre atontado y confuso, con esa felicidad que solo se puede experimentar con tres o cuatro vasos de alcohol.

Entre confundido y atontado estaba y sentía que todo funcionaba en el mundo y en mi vida porque estaba a punto de no hacerlo más.

También estaba algo sorprendido pero en absoluto molesto por el curso que había tomado la noche.

Aunque seguimos conversando por una hora o dos ya había quedado bastante claro que ellos se iban a ir juntos a culear y que una vez más yo remontaría la colina solo.

Otra camarera menos, llegué a pensar mientras recorría el bar con la vista con la vaga esperanza de encontrar una segunda opción antes de que se acabara del todo la noche.

En eso sonó el teléfono de Beto y se puso de pie de un salto para contestarlo.

Volvió muy serio casi enseguida.

Se cayó mi mamá en el baño, nos dijo, tengo que ir a ver cómo está, nos dijo, antes de abandonar el bar sin despedirse.

¿Y ahora qué hacemos?, preguntó Penélope Cruz, incapaz de disimular su malestar.

Qué más vamos a hacer, le respondí yo, encogiéndome de hombros y haciéndole una seña al camarero.

Nos quedamos tomando hasta que prendieron las luces del bar.

En ese rato Penélope Cruz me habló sobre todo de su profesor de lengua, un tipo que estaba casado pero con el que culeaba al menos una vez al mes.

Había llegado a mi nuevo país para ser actriz pero terminado en cambio en una ciudad minúscula en la punta del cerro en la mitad de un bosque.

Una ciudad en la que ni siquiera había un teatro.

Tomaba las clases de lengua con la ilusión de mudarse en el futuro

a una ciudad más grande y triunfar.

Triunfar siendo una categoría poco definida pero que incluía actuar en series de televisión.

Aunque ya había cumplido los treinta y seis y en el fondo sabía que las posibilidades de que eso pasara eran escasas, por no decir nulas.

Llevaba cinco años trabajando en los distintos bares de la ciudad.

Su inglés era bastante malo, lo que no era de extrañar considerando que durante las clases era cuando culeaban con el profesor.

Penélope Cruz estaba perdidamente enamorada pero asumía con resignación que el profesor no estaba muy interesado más allá del ocasional culeón.

A veces antes de empezar su turno en el bar lo llamaba a la casa y se ponía a hablar con una de sus hijas simulando ser de la compañía del cable o de internet.

Reconociéndose al filo del patetismo y la travesura, como te puedes imaginar.

Yo le hacía preguntas sobre el profesor, al que conocía vagamente de la universidad, y asentía con gravedad.

Inconscientemente fuimos caminando hacia su casa, apretados debajo de su paraguas.

Cuando llegamos ella todavía no terminaba de contarme la historia, así que me dijo: “Hoy duermes aquí”.

Yo me encogí de hombros, pensando en la caminata colina arriba bajo la lluvia.

Pensando que no tenía que enseñar al día siguiente.

Pensando que volver a mi casa compartida con el cerdito alemán era como repetir una noche ya vivida pudiendo vivir una nueva.

Así que entré en el edificio de Penélope Cruz.

Las paredes de la pieza de Penélope Cruz estaban tapizadas con mensajes de autoayuda escritos en word e impresos con tinta gris.

Casi todos estaban en inglés y no escaseaban las faltas de ortografía y las palabras aleatorias en mayúsculas.

Recuerdo uno que decía: “El mundo solo progresa cuando la gente se atreve a ser diferente”.

O más bien: “El mundo solo progreza cuando la jente se atreve a ser DIFERRENTE”.

Penélope Cruz me vio leyendo uno que decía “Que tu única preocupación consista en estar a la altura de tus propias expectativas” y se puso roja.

Yo la tranquilicé con un gesto y diciéndole que a menudo buscaba yo mismo cierta paz en ese tipo de mensajes.

Lo que de algún modo era cierto.

Nos metimos en la cama en ropa interior y seguimos conversando.

Aunque te cueste creerlo yo seguía bajo la impresión de que Beto había ganado el duelo, o lo que sea que había pasado entre los tres en esos dos bares.

Es decir que estaba convencido de que ellos dos se volverían a ver para culear y que yo en ese momento cumplía más bien el rol de un amigo o confesor.

Alguien que escucha a otro ventilar su historia de amor no correspondido y se limita a dar una opinión aun sabiendo que nunca será tomada en cuenta.

Por lo que cuando ella terminó de hablar me di media vuelta, le dije buenas noches y cerré los ojos dispuesto a dormir.

Me despertó al día siguiente su mano dentro de mis calzoncillos corriéndome una paja.

Cuando llegué a mi casa esa tarde lo primero que hice fue correrme otra recordando lo que vino después y tratando de dejar fijas en mi memoria algunas de las escenas del culeón.

Penélope Cruz no tenía un solo pelo debajo de las cejas.

Ni siquiera en la nariz.

Después de eso me quedé dormido hasta el mediodía, sintiendo como el semen que no había lamido se me iba secando en los pelos de la guata.

Podría haberme quedado así para siempre, durmiendo y pajeándome en un circuito eterno.

Pero tenía que corregir cientos de exámenes de aptos ignorantes que no sabían nada de la vida así que a regañadientes me metí a la ducha y luego me fui a un café.

En ese café estaba Beto, que se me acercó simulando un golpe de gancho al mentón.

Qué hijo de puta que eres, me dijo, ¿culearon, verdad?

Yo al principio no le dije nada.

Me senté a su lado y pedí un té.

Luego le conté a Beto cómo en un momento le había metido un dedo en el culo a Penélope Cruz mientras me la culeaba por detrás.

Cómo lo había sacado cubierto de una sustancia verdosa viscosa que me hizo pensar en la caca no de un adulto sino de un bebé.

Le conté cómo entré en pánico y solo atiné a limpiarme el dedo sobre sus nalgas, dibujando una equis en cada una de ellas.

Nuestra amistad quedó sellada para siempre con esa imagen.

Beto había sido profesor de lengua y literatura durante algunos años pero cuando yo lo conocí ya se había retirado.

Decía que esas cosas no se podían enseñar.

También que la plata no le alcanzaba para nada y que con tanta apta ignorante rica se estaba volviendo un viejo verde.

Yo pensé mucho tiempo que a lo mejor Beto era una sombra preexistente de mí mismo.

Y que el destino me lo había puesto en el camino para que viera en mi futuro el futuro que él no había sabido esquivar.

Le creía a Beto la parte de no poder enseñar esas cosas, como te puedes imaginar.

Más que nada porque yo también lo pensaba.

Aunque también sospechaba que para él escribir libros y enseñarlos era una contradicción.

Como querer estar a salvo y al borde del abismo al mismo tiempo.

Cuando lo conocí tenía un taller de lectura al que solo iban algunas viejitas hippies del pueblo.

Principalmente a coquetear con él.

A Beto le encantaba coquetear con las viejitas y me consta que a veces se las llevaba a la cama.

Me consta porque él me lo contaba luego.

Le encantaba coquetear con ellas porque decía que las viejitas habían vivido mil batallas pero ninguna con él.

Beto y las viejitas hippies se intercambiaban quequitos de marihuana que ellos mismos hacían y a veces también hongos aunque ellas según mi amigo insistían en que ya no estaban en edad de sentir tanta cosa.

Beto también trabajaba tres veces a la semana en una granja que era en realidad un bar pero era en realidad una granja.

Como construcción quiero decir.

No sé por qué.

A lo mejor porque hace muchos años construir una granja en la punta del cerro en medio de un bosque tenía sentido.

Del mismo modo en que ahora tenía sentido que esa misma granja fuera un bar.

El bar se llamaba The Big Red Barn, es decir la granja del grandioso rojo.

El grandioso rojo siendo el nombre de la mascota del equipo de fútbol de la universidad en la que yo enseñaba y en la que había enseñado Beto alguna vez.

La mascota siendo un oso pardo.

A pesar de que en esa ciudad nunca había habido osos pardos.

Ni de los otros tampoco.

La granja del grandioso rojo era un bar para los estudiantes graduados de la universidad, que les subvencionaba la cerveza para que les costara apenas un dólar.

Tal vez porque se sentía culpable por tratarlos tan mal.

Mal siendo el trato que se le dispensa a la mano de obra.

O quizás para tenerlos a todos confusos y atontados.

Beto solía robar plata del bar cuando trabajaba.
Cobraba una cerveza y la servía pero no la ingresaba en el sistema sino que se guardaba el dólar en el bolsillo.
Decía que era casi imposible que la universidad se diera cuenta.
La plata que se robaba cada día la usábamos después en algún otro bar de la ciudad.
Bares en los que por supuesto la cerveza costaba mucho más.
Con lo que en ciertas noches Beto tenía que robarse la plata de catorce cervezas solo para que nosotros pudiéramos tomarnos dos.
Yo había empezado a enojar a mis amigos en esa época.
A los pocos que me iban quedando.
A los que no se culeaban a mi exesposa.
A perderlos sin remedio había empezado en esa época.
No sé por qué conecto las dos cosas.
Beto robando plata y yo perdiendo amigos.
Pero así están en mi cabeza alojados esos recuerdos.
Como si hubiera una conexión intrínseca entre ellos.
Aunque evidentemente no la había.
Lo cierto es que yo me había aburrido de mis amigos y ellos se habían aburrido de mí.
En vez de reconocerlo buscábamos excusas como enojarnos.
Yo veía en sus ojos las ganas de volver a pasar tiempo con mi exesposa y el cerdito alemán y me daban ganas de escupirles en la cara.
Pero al menos me quedaba Beto.
A partir de esa tarde en el café en que sellamos nuestra amistad empecé a ir a menudo a la granja.
Conversábamos con Beto durante horas mientras nos emborrachábamos con cerveza y cortos de brandy.
De refilón escuchábamos hablar a los estudiantes graduados y cada vez que alguien decía una estupidez nos mirábamos y dibujábamos sobre las aletas de nuestra nariz la equis imaginaria de Penélope Cruz.
Le decíamos la señal de la cruz.
Pero en realidad deberíamos haberle llamado la señal de la caca.
Si pienso en esa noche con Beto y Penélope Cruz y la manera en la que terminó, todavía me pregunto cuánto peso tuvo el azar y cuánto mi inconsciente indiferencia.
Con lo que cabe preguntarse si mi abuelo no estaría en lo cierto con su teoría de la digestión.
Quizás el azar no exista después de todo.
Quizás todas las personas estén siempre presentes en los pensamientos de los demás.
Quizás el subconsciente colectivo de la humanidad esté reciclando existencias mentalmente una y otra vez hasta que alguno ponga a una

por sobre otra en un primer plano.

Quizás todo se digiera.

O tal vez haya cosas que solo funcionan cuando están a punto de no hacerlo más.

Nunca antes ni después he sentido una conexión tan sincera y desinteresada con otra persona como en esas primeras horas con Beto en el bar o en las posteriores en el café.

No creo que fuera compartida por completo.

Aunque eso ya poco importa, como te puedes imaginar.

Sí que recuerdo haber pensado que la conexión con Beto había sido tan profunda que si hubiéramos culeado ese culeón se habría sentido ligeramente redundante.

Lo que me lleva a recordar a mi madre la primera vez que me vino a visitar a mi nuevo país.

A recordar el día en que se fue para ser más preciso.

Recuerdo que era un día soleado de mayo.

Recuerdo que las patas se me pegaban a las chalas y la polera a las axilas.

Recuerdo que nada de eso me importaba porque todavía era muy temprano en el año y la insistencia de la nieve seguía viva en mi piel.

Estábamos afuera del aeropuerto compartiendo un cigarrillo antes de que saliera su avión.

Yo pitaba y luego ella pitaba y luego mi exesposa pitaba y yo sentía la mezcla del rouge de las dos incrustándose en mis labios.

Recuerdo a mi madre inclinándose para darme un abrazo final y susurrándome una frase al oído antes de darse vuelta y enfilar hacia Policía Internacional.

La recuerdo entrando en el edificio sin mirar hacia atrás, todavía sujetando el cigarrillo humeante entre los dedos.

Al verla recuerdo haber pensado que el humo del cigarrillo cubría toda su cabeza.

Con mi exesposa la vimos desaparecer y luego caminamos hasta el paradero tomados de la mano.

Mi exesposa me hablaba de un dolor que tenía en la espalda y yo pensaba en la frase que me había dicho mi madre al oído.

La frase siendo esta: “Quiérete más”.

Nada raro, en realidad, según cómo se la quiera leer.

Salvo quizás por el hecho de que durante el viaje no hablamos ni una sola vez.

Nuestra rutina consistiendo en cambio en caminar en silencio arriba abajo de la colina, visitar las cascadas, emborracharnos en la terraza del Westy’s mirando a las luciérnagas flotar, y sacarnos fotos siempre que el fondo pareciera ameritarlo.

Fotos de los tres, fotos de los dos, fotos de alguno solo haciendo

como que no quiere que lo fotografíen.

Mi madre no era una mujer de discursos ni de muchos consejos.

Con lo que insisto en que no había nada de sospechoso en ese silencio.

Me parecía entonces tan solo la continuación de una rutina que el azar había interrumpido cuando con mi exesposa nos mudamos a mi nuevo país.

Escapando un poco de ti y de ya no sé qué otras cosas más.

Me lo sigue pareciendo ahora.

A veces el conocimiento entre dos personas con el tiempo se reduce a eso.

Gestos y movimientos que los acompañan a ambos durante muchos años y que se transforman de a poco en una especie de diálogo mudo.

Como tres personas fumando a intervalos un mismo cigarrillo antes de que parta un avión.

O alguien que se escapa de un país y de un viejo amor con quien ya solo es capaz de comunicarse por medio de una hoja de papel.

Y entonces algo pasa que quiebra ese ritual y lo que queda de él.

Lo quiebra porque ahora se lo puede contrastar con otra cosa.

Con lo que se vuelve irremediablemente un símbolo de algo más.

Desde ese día en el aeropuerto, pero sobre todo desde que murió mi madre muchos años después, loca como una cabra al igual que todas las mujeres de mi familia, incapaz de reconocerse en el espejo, con un babero cosido a los camisones que usaba todo el día todos los días, hablándole a gritos a amigos imaginarios y riéndose con ellos con sus carcajadas tan típicas, desde entonces llevo conmigo una voz interior, que es la suya y al mismo tiempo no lo es, y que al escuchar hablar a los demás me insta a decirles quiéranse más.

Aunque las más de las veces lo que quiero decirles es quiéranse menos.

O lo justo, que debe ser la verdadera medida de la felicidad.

O de ordenar la existencia.

Como ese verano en Valdivia en el que se me metió en la cabeza que quería un pato después de ver varios saltando en un cajón hediondo de la Saval.

Ese verano en el que no salió el sol.

En el que llovió 35 días de corrido.

Mi padre se había ido hacía ya muchos años.

Quería empezar de nuevo, nos dijo antes de irse.

Ignorando que nunca se puede empezar de nuevo realmente.

La Nana al principio se negó.

Dijo que si comprábamos ese bicho terminaría cuidándolo ella.

Si no me lo compras no te hablo nunca más, vieja fea, le dije yo.

Con lo que finalmente accedió.

Así llegó a mi vida un pato chico y completamente amarillo que venía en una caja de zapatos con hoyos y que corría para todos lados persiguiéndome y moviendo sus casi inexistentes alas que en realidad parecían bracitos sin decir ni pío.

Yo lo dejaba correr por la casa, feliz de poder encontrármelo de repente.

O de escuchar a la Nana gritar porque había estado a punto de pisarlo.

Mientras mi abuelo le gruñía palabras ininteligibles que propulsaba con saliva desde el sillón del comedor.

El pato iba dejando regueros blancuzcos y cenicientos en la alfombra que la Mitzi limpiaba a regañadientes.

En la noche yo lo devolvía a su caja de zapatos, que cada día olía peor, y lo entraba a la cocina para que no se muriera de frío.

Un día olvidé entrarlo.

En la mañana el pato estaba tieso.

Desesperado lo metí al horno para ver si reaccionaba.

Pero no pasó nada, como te puedes imaginar.

Entonces se me ocurrió algo más y empecé a masajearle el pecho con los dedos índice y cordial.

El pico del pato empezó a llenarse de mocos y luego se le hundió el pecho.

Sentí las costillas rotas empujando sus plumas diminutas alrededor de mis dedos y me puse a llorar.

Luego lo incineré con una de las lupas de mi abuelo y enterré sus cenizas debajo del membrillo.

Ese mismo fin de semana, con el verano a punto de acabarse, llegó de improviso mi padre.

El sábado cruzamos el puente a la Teja y fuimos a una kermesse en el Colegio Alemán.

Estaban tocando Los Jaivas subidos en unos tablones tambaleantes.

Mientras yo me sentaba a escucharlos comiendo algodón de azúcar mi padre le compraba piscolas a las niñas rubias del otro lado del río, que se iban sonrosando según se acercaba la noche.

Tocaron tres veces “Mira niñita”.

Yo me quedé dormido debajo de una de las mesas y cuando desperté vi que mi padre me había tapado con un mantel de plástico y me había dejado dormir todo el concierto.

En esa época de la que te hablo conocí también a Fritz.

Otro amigo escritor.

Uno que habría podido escribir galletas de la fortuna, o novelas sobre poetas, o poemas sobre mujeres, si hubiera querido.

Pero que nunca quiso o supo simular bien que no quería.

Fritz solía hablar en voz alta mientras caminaba.

En eso me recordaba a mi abuelo cuando se emborrachaba y compartía su sabiduría autodidacta conmigo.

O a la superabuela gritándole cosas a la tele.

Yo nunca sabía muy bien si Fritz o mi abuelo me hablaban a mí o a sí mismos.

Tal vez a un público imaginario.

Pero tampoco importa mucho.

Recuerdo que una vez Fritz me dijo que la felicidad consistía en asumir que todo en la vida es falso (la gente, la pega, los sentimientos), que todo vale callampa (la gente, la pega, los sentimientos), y aun así no querer volarse la tapa de los sesos.

(Lo que a mí siempre me pareció más cercano a la cobardía que a la felicidad.)

(O quizás a la valentía, según cómo se mire.)

Fritz tenía alrededor de 70 años y vivía en el ático de su hermana, del que solo salía para caminar dos o tres horas diarias, justo antes del atardecer.

No le trabajaba un peso a nadie y decía estar escribiendo una novela que no era una novela pero que también lo era pero que no tenía por qué serlo.

La novela era (o no era) sobre un hombre que durante el mes del ramadán se encontraba a su esposa comiendo a escondidas un pan con palta.

El hombre y la esposa llevaban casados treinta años cuando él se la encontraba durante el mes del ramadán comiendo un pan con palta.

¡Un pan con palta!, exclamó Fritz.

¡Durante el ramadán!, insistió.

¡Treinta años!, remató llevándose la palma de la mano izquierda a la frente.

Qué te parece, me preguntó cuando se le pasó la agitación.

Yo le dije que todo lo que me había dicho sonaba muy interesante.

Y no mentía.

Pero en ese momento la historia me interesaba nada más que como un chiste.

Alguien que ve lo que no debería haber visto.

Lo que se supone que nunca ocurrió.

Hubo de pasar algún tiempo antes de que yo entendiera que el ayuno tal vez sea la única cosa que no se puede compartir con nadie.

Ni mucho menos comprobar.

Mentirle al mundo sobre si lo haces o no lo haces en este caso se vuelve completamente irrelevante.

Después de todo se supone que en el ayuno estás solo ante dios.

No ante la inmensidad del universo sino que ante la inmensidad de quien piensas que lo creó.

Eso solo lo entendí unas cuantas semanas después.

Lo entendí remontando la colina ebrio, cuando abrí una galleta de la fortuna que decía: “La única sonrisa dudosa es la del espejo”.

Lo que me hizo pensar en Fritz y en la esposa que quizás quiebra el ayuno una sola vez o quizás lo viene haciendo sistemáticamente toda su vida.

Me di cuenta de que era completamente imposible averiguarlo.

Un misterio perfecto, imposible de dilucidar.

Como intentar averiguar quién te contagió clamidia cuando vives en una ciudad universitaria en medio de un bosque en la punta del cerro.

A Fritz lo conocí en uno de sus paseos eternos por el bosque.

Yo bajaba la colina con una ligera resaca para ir a trabajar y él la venía subiendo cabizbajo.

Al cruzarnos yo estaba parado en un costado del camino intentando grabar con mi teléfono a un pájaro carpintero cuando alguien se me acercó por detrás y me insultó en voz baja.

“Eres un imbécil”, creo que fue lo que me dijo.

Me di vuelta y vi a un viejo.

Un hombrecito ridículo con un bigote descuidado que le cubría los labios, una barba rala de dos o tres días y el pelo grisáceo engominado hacia atrás.

Al viejo le brillaban los ojos debajo de unos párpados arrugadísimos y sin embargo se veía muy calmado.

Sus ojos negros no parecían tener iris de lo oscuros que eran.

Cabía en ellos la inmensidad de cada noche estrellada del universo y aun así siempre me fue imposible saber lo que estaba pensando.

“Eres un imbécil”, repitió sin levantar la voz.

Yo le sonreí.

Desde entonces empecé a buscarlo por las tardes en los muchos senderos que cruzaban el bosque que rodeaba la ciudad y en especial mi colina.

Cuando lo encontraba caminábamos juntos hasta el atardecer.

Así nos hicimos amigos, si es que a caminar y conversar se le puede llamar amistad.

¿Y por qué no?

A mí me encantaban esas caminatas.

Junto a las borracheras con Beto las caminatas con Fritz son lo único que rescato de esa época de la que te hablo.

Lo único que recuerdo bien, ahora que lo pienso.

Aunque eso tal vez se deba a que los días con uno y las noches con el otro eran invariablemente parecidas, como te puedes imaginar.

Y las rutinas, cuando son felices, uno intenta no olvidarlas.

“Teme a lo cómodo porque a lo cómodo te acostumbrarás”.

Recuerdo que Fritz, aun viviendo con ella, le escribía cartas a su hermana cada día.

Si mi abuelo ordenaba la existencia con vino, Fritz lo hacía escribiendo.

Decía que solo así conseguía entender mejor lo que pensaba.

Supongo que era algo parecido a lo que hacía al caminar conmigo hablando en voz alta.

Ensayar pensamientos.

Escribiendo era brillante, decía, y el resto del tiempo, pensando y hablando, solo muy inteligente.

Yo me daba cuenta del plagio distorsionado a Nabokov pero no decía nada.

Lo que hacía era preguntarle por esas cartas diarias, curioso por su contenido.

¿Qué le escribes a alguien que está a dos metros de ti?

¿Qué le escribes a alguien tres minutos después de terminar una conversación con él?

¿Qué puedes decirles que no les hayas dicho ya?

Ah, no sé, me contestaba él como distraído, le escribo de todo, desde listas de libros que quiero que me pase a comprar después del trabajo hasta descripciones de canciones de Schumann que le pido que escuche los días en que la noto constipada en el váter.

Nada mejor que Schumann para cagar, francés.

Fritz me decía que a veces su hermana le estaba hablando en el mismo momento en que él le estaba escribiendo.

¿Y le contestas por carta o en voz alta?

A veces de una manera, a veces de la otra, por lo general de las dos, francés.

También le escribía largas cartas a su madre, cartas en las que se quejaba de sus dolencias y le pedía consejos para tratarlas.

De paso quejándose de su hermana, que según él lo estaba envenenando con la grasa del tocino que le daba de comer al desayuno.

Hay que quitarle la grasa al tocino, francés, me decía Fritz, o te va a secar la sangre.

Los consejos medicinales de la mamá de Fritz invariablemente incluían alguna receta a base de leche en un grado distinto de alteración.

Leche fría, leche caliente, leche hirviendo, leche mezclada con agua, con pedazos de mantequilla, con ajo, con antiácidos y carbón, siendo las recetas que recuerdo sin esfuerzo.

La lista de dolencias de Fritz era por lo demás infinita.

Lo curioso es que las tenía todas muy bien identificadas, con sus causas y primeros latidos así como sus curas y remedios.

Una de ellas era una ronquera muy parecida a la del Tito.
Lo que tal vez explicara en parte mi entusiasmo inicial por nuestra amistad.
Fritz decía que la ronquera provenía del petróleo que quemaban sus vecinos en la estufa.
Los vecinos buscaban envenenarlo porque en la mitad de la noche Fritz a menudo abría de par en par las ventanas del ático y ponía a todo volumen las *Variaciones sobre un tema de Paganini* de Brahms.
Fritz era bastante paranoico, como te puedes imaginar.
En su cabeza todos estaban siempre pendientes de él.
Ya fuera para admirarlo o envidiarlo, para odiarlo o presas de un amor frenético.
No existía el término medio.
Para Fritz tampoco existía el azar y había hilos invisibles y a veces subterráneos que podían explicarlo todo sobre el mundo al que supiera encontrarlos.
Una vez lo escuché decir que cuando el clima era cálido y él no podía salir del ático por una de sus dolencias, sentía que el mismo cielo se estaba riendo de él y si se concentraba podía escuchar sus carcajadas.
Las carcajadas eran a menudo truenos que envolvían la ciudad.
Por eso le encantaba el otoño en esa ciudad en medio de un bosque en la punta del cerro en la que vivíamos en esa época.
Decía mientras caminábamos sorteando las hojas húmedas que los días mustios no se reían de nadie.
Aunque uno pare las orejas, no se escucha nada, francés, me decía.
¡Para qué vamos a hablar del invierno, viejo!, se reía.
No le faltaba razón.
En invierno pasaban los camiones quitando la nieve de las calles y tirándola hacia los costados.
Con lo que se creaban pasadizos por los que viajaban los sonidos.
Los sonidos de los autos en la calle, de la carretera, por ejemplo, le llegaban a uno amortiguados.
Como si tuvieran que atravesar una tela antes de alcanzarte los oídos.
Fritz era muy consciente de su paranoia.
Para él más que una enfermedad se trataba de una virtud.
Decía que la paranoia era una escala granulada para medir la realidad.
Ni más ni menos real que cualquier otra escala.
Pero sí quizás más detallista.
Decía que abrazaba la paranoia no porque no existiera el azar (aunque él aseguraba que no existía).
Y tampoco porque todo se pudiera explicar en una relación causa-

efecto (aunque él estaba convencido de que ese era el caso).

Fritz abrazaba la paranoia porque era un modo de ordenar precisamente todo lo que no cabía en el ámbito de la suerte.

Con lo que Fritz aseguraba poder controlarlo todo salvo la muerte.

(Precisamente porque es como la suerte, pensaba yo.)

En otras palabras Fritz decía poder controlar su propia existencia.

Lo que sin duda resulta más sencillo cuando no se le trabaja un peso a nadie y se vive en el ático de la hermana.

Un día empezaron a llegarme cartas de Fritz a mí también.

Lo tomé como una señal de que nuestra amistad se había consolidado.

En cualquier caso las ocasiones en las que eso sucedía eran contadas.

Fritz solo me escribía cuando sentía que había perdido una discusión conmigo y quería demostrarme por escrito que en realidad tendría que haberla ganado.

En nuestras caminatas era él quien más hablaba, como te puedes imaginar.

A mí más que incomodarme me gustaba ese trato implícito.

Su voz ronca era como un arrullo de ultratumba del Tito.

Y su pseudofilosofía como un eco de la de mi abuelo.

Las caminatas además se parecían a las que hacíamos con mi exesposa antes de que llegara el cerdito alemán a nuestras vidas.

Cuando todavía éramos jóvenes y no nos cansábamos del bosque que nos rodeaba todo el tiempo.

Cuando a la colina uno se aventuraba por placer y no por castigo u obligación.

Tal vez había llegado a un punto en mi vida en esa época de la que te hablo en la que ya solo podía disfrutar de cosas que remedaran otras cosas pasadas.

Como si ya no estuviera hecho para lo nuevo.

Fritz solía decir que el orgullo y la satisfacción son señales del fracaso y el cansancio mental.

¡No se vive con precaución sino que con decisión, francés!, aseguraba.

Y agregaba que la historia nos espera a todos y aunque sea de mal gusto hay que hacerla esperar.

Nunca entendí a qué cresta se refería con todo eso.

Considerando sobre todo que Fritz era un tipo muy orgulloso y pagado de sí mismo.

Yo lo escuchaba hablar de conceptos grandilocuentes como la historia y me parecía más bien que era muy fácil darle la espalda escondiéndose en el bosque.

A mí el Fritz rimbombante no me impresionaba gran cosa.

Prefería la versión de Fritz que me daba técnicas de lo que él llamaba filosofía diaria.

Como mear el asiento de un baño público si cuando entras está hediondo para que el que venga después sepa que el olor no puede ser tuyo.

Pero tampoco perdía sueño por no entenderlo.

Fritz era medio raro y solía recordarme a esos tipos que uno nunca sabe muy bien si son genios o idiotas.

Y que probablemente sean las dos cosas al mismo tiempo.

Toda la vida me había ido encontrando con gente como Fritz que parecía sacada directamente de la ficción.

Campeones de damas estilo libre.

Nómadas cuyos hermanos combustionaban espontáneamente en la calle.

Futbolistas que escribían novelas a escondidas.

Pescadores de cangrejos reales en Alaska.

Rabinas síquicas en Nueva York.

Gente convencida de que tenía una misión en este mundo y que con esa misión podían llegar a controlar la existencia.

Yo nunca había podido seguirlos más que por un rato antes de aburrirme.

Seguramente desconfiando de que se pudiera controlar la existencia.

O tal vez solo de los métodos que ellos empleaban para hacerlo.

Pero en cualquier caso no me sorprendió la aparición de Fritz en mi vida.

Del mismo modo en que no me sorprendió en su momento la de Beto.

Dos amigos que por cierto nunca quisieron conocerse entre sí.

Supongo que porque los dos eran escritores.

Si le hablaba a uno del otro este hacía como que no me había escuchado.

Yo no los culpaba ni les insistía demasiado.

Considerando sobre todo que a las pocas personas de tu país que vivían en la colina yo las odiaba y evitaba como a la misma lepra.

En ese violento desentendimiento nacional veía una analogía bastante apta para ellos dos.

Es decir que entendía que uno quisiera evitar a los de su especie.

O a cualquier cosa que pudiera recordarle a uno sus propias limitaciones y carencias.

Una identidad forzada y a fin de cuentas mentirosa como lo son todas las identidades.

Un sistema que como todo lo sistemático esconde una inherente falta de carácter, como te puedes imaginar.

Como no saber quién eres y abandonarte a que te lo expliquen los demás.

A mí a veces me decían que alguien era de tu país, asumiendo inmediatamente que quería conocer a esa persona.

Solo porque habíamos nacido en un mismo país esas personas asumían que quería conocer a ese compañero de la patria.

Cuando la verdad es que solo porque habíamos nacido en un mismo país es que yo no quería conocerlo.

Me decían: ¿quieres conocer a este sujeto que nació en el mismo país en el que tú naciste?, y yo les respondía que por ningún motivo.

Fritz se había enamorado dos veces en su vida.

Las dos veces frenéticamente.

Las dos veces en dos países distintos.

Él decía que ese detalle bastaba para que ya no creyera en el amor.

Porque no podía creer en algo que en su caso hubiera dependido tanto del azar, decía.

¿Cómo puedes no creer en algo que te pasó?, le preguntaba yo.

Nada podía significar algo si podía no significar nada, me respondía él.

Esa tautología me parecía bastante idiota, como te puedes imaginar.

La respuesta de un hombre despechado.

También me parecía evidente que había ejercicios amorosos que Fritz no debía de haber practicado o no habría descartado el amor tan rápidamente.

Ya te he dicho que las ideas de Fritz eran algo estrambóticas.

Por no decir de frentón idiotas.

Porque las ideas pueden ser idiotas, así como las personas tontas.

Y aun así a esas ideas y a esas personas convendría tenerlas cerca.

A mano como a una galleta de la fortuna.

Para mirarlas bien y aprender de ellas una cosa o dos.

Pues de la idiotez es que refulge siempre vida.

Algo en lo que rara vez reparamos.

Siendo que la inteligencia está como muerta y la imbecilidad en cambio avanza por el mundo con alegría.

A veces gritando ruidosa y no sin cierta dosis de maldad.

En esos gritos de la tontera siempre hay un eco de reafirmación.

El tonto asegurando un espacio para el tonto en el universo.

Mientras la inteligencia se deprime en la negación y en una supuesta exclusividad.

Lo que evidentemente resulta paradojal.

La estupidez es la mayor afirmación de vida.

Un eterno ¡yo estoy aquí!

Un grito que es la sombra preexistente de todos los idiotas por

venir.

Quizás por eso decía mi amigo Fritz que había que huir hacia la soledad.

Siempre hacia la soledad.

Escapando de la pequeñez y de la mezquindad de los demás.

(Quiérete menos Fritz, pensaba yo para mis adentros cuando lo escuchaba hablar así.)

Creo que se habría reído de Beto si se hubieran llegado a conocer.

De sus poemas sobre mujeres dañinas y de sus novelas de rebelión y coraje se habría reído.

Y de mí también se habría reído, ahora que lo pienso.

Si me hubiera visto en esa colina borracho de madrugada corriendo no hacia la soledad sino a escribirte a ti.

“Eres un imbécil”, me habría dicho muy bajito con su voz ronca y el brillo permanente de sus ojos cercados por unos párpados arrugadísimos.

Fritz invariablemente se habría reído de todos nosotros, tal vez para no llorar.

(Quiérete más, Fritz.)

Claro que mi amigo vivía en el ático de su hermana y no le trabajaba un peso a nadie.

(Quiérete lo justo, Fritz.)

Con lo que en definitiva te quiero decir que se trataba de un asunto de óptica.

Como el niño que crece y ya no reconoce las calles de su pasado.

Siendo que nunca antes las vio desde su nueva altura.

Y siendo que los patios de su infancia ahora se le antojan minúsculos.

Porque ha crecido, naturalmente, pero nada más lo ha hecho a su alrededor, como te puedes imaginar.

Uno podría decir que todo su pasado le queda ahora chico.

Y que por eso solo le es posible abrazar el presente y su porvenir.

Por mucho que se sienta en realidad más pequeño que antes.

Aplastado, si se quiere, por su propio crecimiento.

Porque si el presente solo existe en la medida en que reemplaza a un pasado con el que ya no calza, solo queda concluir que el presente también existe siempre a punto de ser reemplazado.

Es decir que somos todos obsoletos y anacrónicos al mismo tiempo que somos actuales.

Y que avanzamos en la vida no hacia el futuro sino que hacia volvernos pasado.

El problema de volverse obsoleto naturalmente es que no es que a uno se lo reemplace con otra cosa.

Es que se lo supera.

A uno lo desplazan.

Y eso que lo desplazó y tomó su lugar queda ahí a la vista mientras uno busca reacomodarse sabiéndose ya en un segundo plano.

Presto, si no a desaparecer, sí al menos a ser olvidado.

Lo que me recuerda a la Nana, que desconfiaba de la gente gibada.

Arbolitos chuecos, les decía.

(Yo pienso ahora en los coigües de Punta Arenas achatados por el viento contra sus propias raíces.)

(En la imposibilidad de imaginar un coigüe derecho después de haberlo visto deformado, pienso.)

(Pero también pienso que en tu país huevón nadie se escapa de las metáforas de jardines, ¿te has dado cuenta?)

Los arbolitos chuecos eran personas que se habían quedado pegadas en el pasado porque no habían querido seguir creciendo.

La curvatura de la espalda y del cuello que los distinguía se debía según mi abuela a que les incomodaba su nueva altura.

A que querían seguir viéndolo todo desde la misma perspectiva de antes.

Un asunto de óptica, como puedes ver.

Como no volver a hablar con tu compañero de cuarto porque te lo encontraste un día culeándose en tu pieza a una española.

Lo que por cierto me pasó a mí una vez.

Siendo que yo estaba debajo de la española y que mi compañero de cuarto alemán no me volvió a hablar.

Poco después del zorrillo y de la orina en la nieve derretida.

De conocer a Beto y luego a Fritz.

Con la española estábamos en el cuarto del segundo cerdito alemán por casualidad.

Siendo que el culeón había empezado en la cocina y su pieza era la que estaba más cerca de las escaleras.

Pensábamos por supuesto que estábamos solos en la casa.

Cuando me masturbo lo hago siempre en silencio pero cuando culeo me siento obligado a gemir o incluso a veces a gritar con fuerza para que la otra persona se sienta poderosa.

La española saltaba encima de mí y yo sonreía porque el pico me estaba a punto de estallar pero también y sobre todo porque en esa posición no era capaz de olerle las axilas.

En un momento miré hacia la puerta y ahí estaba mi compañero de cuarto, con su cara de cerdito alemán roja y un rictus en la boca que podía significar muchas cosas.

Entonces: no confiar en los compañeros de cuarto.

Ni en los chinos.

Tampoco en los alemanes.

No confiar en los apodos ni en los perros ni en las nanas ladronas.

No confiar en los cerditos o en los que hablan con los muertos.

No confiar en los mejores amigos ni menos en las exesposas.

Sospechar de los arbolitos chuecos y de los que no se quieren lo justo.

Recelar de los que dicen controlar la existencia.

Tú ya estabas saliendo con otro tipo cuando yo llegaba curado a escribirte después de remontar la colina.

Viviendo, me repetían dos o tres amigos.

Como para que no lo olvidara.

(Como si pudiera uno olvidar una cosa así.)

O como para que no intentara volver a empezar otra historia contigo.

Porque después de todo uno nunca puede realmente volver a empezar.

Yo remontaba la colina escuchando ópera, a veces música clásica.

A veces cerraba los ojos por el mareo.

A veces por la música, que habría conmovido incluso a los ojos negros del zorrillo de la colina.

El zorrillo de la colina que te perdona porque no eres nada.

O porque al mearte le recuerdas a sí mismo.

El zorrillo de la colina que tiene primero miedo y luego siente indiferencia.

El zorrillo de la colina que ataca cuando está asustado y que ignora cuando se sabe superior.

Porque no hay batalla sin adversario.

O porque hay botines que son muy poca cosa.

O tal vez porque todos los cobardes somos hermanos.

Puentes, tránsito, ocaso de la verdadera acción.

El zorrillo de la colina que apesta tanto como el aliento del ciervo de la colina.

Y como le apestaban las axilas a esa española cuyo ano horadado le dio por contemplar al cerdito alemán.

(No confiar en la higiene peninsular.)

Con Lacrimosa o Sarabande me sentía como Fritz en el ático de su hermana.

O como uno de los poetas fracasados que se inventaba Beto.

Es decir con derecho a escribirte curado.

A gritarles en la calle a mi mejor amigo y mi exesposa.

Remontaba la colina pensando en la soledad frenética de Fritz y en la voluntad inquebrantable de los poetas de Beto.

Y no me sentía menos que ellos, como te puedes imaginar.

Con *Ingemisco* o *Nessun dorma* te volvías poquita cosa y yo un titán.

Y entonces tenía que escribirte para que lo supieras.

¡Que nadie duerma!, gritaba remontando la colina.

¡No te duermas!, te escribía a ti.

Después de vomitar en la cocina y tomar té y a veces también Gatorade.

Esas noches borracho sentía que había una parte de mí mismo que recién estaba conociendo.

O más bien que acababa de encontrar.

Hay quienes creen que eso es imposible.

Una vez leí una galleta de la fortuna que decía: “No pierdas el tiempo conociéndote a ti mismo cuando puedes usarlo conociendo a los demás”.

La idea de fondo siendo que uno nunca se conoce a sí mismo ni puede llegar a hacerlo.

Y que solo en los otros se puede encontrar la felicidad.

La galleta sugería que son los otros los que te van diciendo quién eres y cómo eres.

Además de lo que te gusta y lo que no.

De lo cual se colige que también son los otros los únicos que saben lo que de verdad piensas de las cosas que te ocurren.

Según la galleta tú vas un poco creyendo y un poco dudando de lo que te dicen los demás sobre ti mismo.

Pero sin tener realmente nada que contestarles porque según la galleta en el fondo no tienes ni puta idea de quién eres.

Según la galleta la vida consiste en encontrar a los demás.

Todo lo contrario de lo que pensaba Fritz.

Para quien veníamos a esta vida como mucho a encontrarnos a nosotros mismos.

Y a nada más.

Los demás son apenas circunstancias, decía Fritz.

Los sacrificaríamos a todos si su sacrificio nos acercara un poco más a nuestro grial.

Lo que pasa es que nunca estaba claro cuál era nuestro grial y por eso se nos escapaba continuamente.

Y por eso también no matábamos nunca a nadie.

Ya te he dicho que las ideas de Fritz no me interesaban demasiado.

Esta no era la excepción, como te puedes imaginar.

Pero me recuerda la vez que bajando la colina saqué de mi bolsillo una galleta que parecía un acertijo y que decía más o menos lo mismo.

“Parece que hablas y no eres tú, que hablas de ti y no es de ti”, decía la galleta.

¿Quién era el francés?, pensé entonces.

Como diría Fritz, nada más difícil que describirse a uno mismo.

Pero nada hay tampoco que nos sea más útil.

Yo sentía esas noches que de repente me escuchaba hablar en voz alta.

Lo que creía escuchar era mi propia voz.

Quiero decir mi voz *real*, como la habría escuchado alguien más.

Una voz como grabada y no ya una mental.

Libre por tanto de todas las mentiras que yo me contaba a mí mismo.

Esas noches conocía la felicidad.

La verdadera felicidad, quiero decir, y no la del conformismo de las exesposas en pelotas y los mejores amigos saboreando esa inmediatez a como dé lugar.

Era como si alguien me hubiera abierto los ojos y alguien –alguien más– me estuviera susurrando cosas al oído.

Que por fin era libre, que no es cierto que uno dependa de los demás.

Quiérete más, me decía el universo en esos momentos.

La felicidad entonces consistía en estar solo.

A lo sumo con esos cantantes y escritores, esas sombras preexistentes que se superponían en la colina, escribiéndole a ese otro fantasma que eras tú.

La felicidad consistía en contarte de esos animales que me iba encontrando mientras tú te perdías en ese país de mierda que tanto te gusta y del que nunca vas a salir.

Ese país miserable que lo aniquila absolutamente todo.

Y que también te va a terminar aniquilando a ti, si es que no lo ha hecho ya.

Ese país tuyo que te aniquila primero lentamente.

Que primero aniquila tu entusiasmo y tus pasiones, y que luego aniquila todo lo demás.

Sin orden particular te va aniquilando por completo ese país.

A ti y a cada una de las cosas que aprecias.

Primero les da la vuelta contra ti, después les pone un precio y finalmente te obliga a pagarlo.

Hasta que ya no recuerdas por qué las apreciabas en primer lugar.

Y cuando ha terminado de aniquilar las cosas que apreciabas sigue contigo.

Te exprime y te consume hasta que ya no eres más que carne usada.

Nada puede sobrevivir intacto en tu país.

Nada se preserva allí sin mácula.

Todo se pudre.

No es el smog el responsable de que la gente y las cosas de tu país estén contaminadas.

No lo es porque el norte y el sur están igual de podridos, te aniquilan lo mismo.

Ya te puedes ir a vivir a la montaña o a la playa que el país y su

espíritu te van a aniquilar igual.

Ya te puedes ir a esconder a una ciudad casi vacía en medio de un bosque en la punta del cerro que el mismo aire de tu país te va a alcanzar y aniquilar.

Lo que me recuerda la historia de ese pueblo llamado Peor es Nada.

Cuyo nombre según la leyenda originó una herencia mal dirimida que le asignó menos hectáreas a una señora de las que ella creía merecer.

Peor es nada, se encogió de hombros la señora antes de seguir con su vida.

Y el nombre quedó, como te puedes imaginar.

Solo en un país tan ridículo como el tuyo esa anécdota vale un cuento.

Por no decir nada del nombre de un pueblo.

Seguro que hay gente que se detiene a un costado de la carretera a sacarse fotos con el cartel.

Seguro también que la cosa no pasa de ahí.

Que a ese pueblo no entra nadie.

Qué país, el tuyo.

Un país imbécil e imbecilizante que habla de sí mismo sin parar.

Como un cachorro de pastor alemán.

Como si tal vez creyera que repitiéndose que es el centro del universo va a terminar por serlo.

O como si sospechara que incluso como nota al pie de página se puede y vale entrar en la historia.

Porque en tu país todavía se cree que es importante ser parte de la historia.

Y que para entrar en ella hay que o bien hacerla, sufrirla o mirarla.

Como si en el mundo solo se vieran reyes, víctimas y escritores.

En esa época en la que remontaba tantas veces la colina para llegar a escribirte cartas borracho aprendí varias cosas.

Como caminar sostenido apenas por un equilibrio precario.

O poner una cucharita metálica en la boca de las botellas de champán para evitar que se les vaya el gas.

O comer manzanas para lavarme los dientes si no tenía cepillo o pasta de dientes a mano.

Como por ejemplo cuando estás saliendo con muchas mujeres distintas en una ciudad pequeña en medio de un bosque en la punta del cerro.

También aprendí una cuarta manera de entrar en la historia.

Entendiéndola.

Una manera de entrar en la historia que cada una de las otras tres cree equivocadamente poseer.

Sospechaba esas noches cuando estaba curado hablándote a través de un papel que solo entendiendo algo se lo puede superar.

Porque entender también significa ponerse por encima.

Yo no te entendía y por eso te seguía escribiendo, por ejemplo.

En esas cosas pensaba cuando te escribía cartas que alimentaban el alcohol y las noches estrelladas en la colina.

Cosas que ya entendía o que iba entendiendo pero ante las cuales mi conciencia todavía buscaba rebelarse.

Tal vez incapaz de aceptar que cuando me culeaba a mi exesposa y ella decía mi nombre en voz alta, en la articulación de sus labios y de su lengua ya estaba prefigurado el cerdito alemán.

¡Francés!, ¡mi francés!, me decía ella rozándome un oído con sus labios.

Pero en realidad estaba diciendo ¡gordito!, ¡mi gordito alemán!

Todas las sombras preexistentes la sombra preexistente.

Donde enseñaba en esa época cuatro veces a la semana, o cinco en algunos casos, es decir al fondo de la colina, se contaba que por esos mismos pasillos hacía sesenta años había caminado a diario Nabokov.

Por supuesto que esto no era del todo cierto.

Porque naturalmente los salones en los que había enseñado Nabokov ya no existían.

Para entonces habían sido todos remodelados, como te puedes imaginar.

En esa época de la que te hablo ya tenían todos proyectores para el powerpoint y ampolletas de ahorro.

Lo único que se mantenía igual eran los baños, con pedales debajo de los lavamanos para regular el paso del agua fría a caliente.

Apretabas un pedal y salía agua fría, apretabas el otro y salía agua caliente, apretabas los dos al mismo tiempo y el agua salía primero fría y luego se iba entibiando lentamente.

Así que quizás la única posibilidad de simultaneidad, el único instante en el que realmente coexistían dos momentos históricos distintos se producía al evacuar.

Cagaba uno un mojón y la sombra preexistente de un mojón de Nabokov se le superponía por un segundo en la historia del universo.

Todos los mojones el mojón.

Nabokov y yo unidos para siempre gracias a los baños de la universidad.

Si lo buscas puedes encontrar en Youtube un dueto muy famoso entre dos cantantes de ópera que ya no están en este mundo.

La calidad de la imagen es difusa y no lo es menos la del sonido.

Pero no sería extraño que fuera ese sonido como de aceite chisporroteando el que me hiciera volver a él una y otra vez.

Feliz de ver algo que ya no se puede ver bien y que siempre va a

llevar consigo las marcas de la distorsión.

Lo que me lleva a evocar con los ojos cerrados una galleta de la fortuna que dice más o menos así: "La gloria del triunfo depende en gran medida de la dureza del conflicto que lo originó".

Palabras que siempre me han parecido una burla no tan velada hacia un pene al que le cuesta o le resulta imposible arrancar.

O por el contrario una justificación para la flacidez ante una escaramuza menor.

Como si la culpa no fuera del pene sino de la entrada que lo invocó.

Pero que en el caso de los videos de Youtube y los mojones de Nabokov tienen más que ver con viajar en el tiempo hacia la irrealidad que con reír el último y reír mejor.

En el video hay un gordo y un flaco cantando.

Empieza cantando el flaco (¡y qué bien canta el flaco!) pero cuando el gordo abre la boca es como si se lo tragara y lo hiciera desaparecer.

A él y al público que se vuelve loco aplaudiendo.

Y también al que lo escucha borracho mientras remonta la colina sintiendo que se le erizan todos los pelos de la piel.

El gordo canta y todo el mundo queda en suspenso.

Incluso el mundo del flaco, que nunca más estará tan cerca del fantasma de la perfección.

Así quería que te sintieras tú al leer mis cartas.

Porque no conozco a ninguna persona que no necesite de pequeñas venganzas para sobrevivir a este mundo.

Aunque a veces lo que salía en el teléfono era *Una furtiva lagrima* y entonces cómo te iba a escribir nada.

Y a veces salía el cuarto acto del Macbeth de Verdi y me daban más ganas de cantar en la ducha que de escribirte a ti.

La gillete raspándome las bolas y el ano mientras el vapor le otorgaba una especie de segundo eco a mi voz.

Sin mirar nunca hacia abajo porque eso es de huevones ignorantes, como te puedes imaginar.

Pero nunca volví a cantar en la ducha.

Y nunca te mandé lo que escribí.

Lo que hice en cambio fue tomar muchas tazas de té con Excedrin y luego correrme una paja con las fotos en pelota y metiéndote juguetes de colores que te había sacado el año 2006.

Algunas noches intentaba descifrar las cartas antes de irme a dormir.

Párrafos eternos con una caligrafía que apenas si se podía leer.

Las terminaba por arrugar o romper impulsado por el dramatismo de los Eleonor del Westy's o los Ron Burgundies del Lot10.

O los brandies del Chanticleer.
O los Boulevardiers del Watershed.
O los Revolvers de Stella's.
O los rusos blancos de Felicia's.
O los bourbons de Silky Jones.
O los Derbies de Argos.
O las Saranac de un dólar del Big Red Barn.
O las Yuenglins de cinco del Chapter House.
O las Flower Power de siete de la Ithaca Beer Company.
O los Aperolspritzz de Bandwagon.
O los pickleshots del Creeker.
O las Guiness de Kilpatricks.
Un trago distinto en cada bar para justificar ir a varios.
O para ordenar la existencia, si lo prefieres.
Lo que entiendo que en rigor iba un poco en contra del propósito mismo de ir a un bar.
El propósito siendo emborracharse sabiendo que lo imprevisible se esconde siempre en el alcohol.
Porque se sabe cómo se entra a un bar pero nunca cómo se va a salir.
Había más bares que calles en esa pequeña ciudad en medio de un bosque en la punta del cerro en la que yo vivía en esa época.
Como ves estaba empecinado en vivir una vida monástica a como dé lugar.
Iba cada día de mi casa al trabajo y del trabajo a un bar.
De bar en bar y luego a mi casa.
Recorría dos o tres bares por noche antes de remontar la colina para volverte a escribir.
Tú ya estabas viviendo con otro tipo cuando yo llegaba curado a escribirte.
En esos días en los que mi exesposa se ponía de rodillas buscando atragantarse con el pene probablemente pequeño de quien fuera mi mejor amigo.
Ese cerdito teutón y cortés.
Incapaz de mirarte a los ojos cuando te hablaba.
Y que tampoco podía hablar en público sin balbucear y enrojecer.
Y que dejó de ir a la oficina que compartíamos cuando supo que yo sabía.
Y que dejó de ir al gimnasio al que íbamos juntos cuando supo que yo sabía.
Y que tenía las manos tan chiquititas como las de Donald Trump.
(Pero que calzaba al menos cinco números más que yo.)
(Es decir que quién sabe por dónde iban los tiros.)
Ah, los cerditos alemanes que tan bien me conozco yo.

Las pezuñas afiladas y el apetito a flor de piel.

Yo en esa época también salía con varias personas, como te puedes imaginar.

Sobre todo en esas primeras noches liminales de la primavera.

Noches en las que el invierno todavía latía y con ese latido las iba enfriando gradualmente.

Noches en las que a veces podía olerse la leña en las pocas casas que no estaban abonadas a la electricidad.

Olores que invariablemente me hacían pensar en Valdivia.

¡Ah, Valdivia!, donde aprendí a caminar, a culear y a respirar bajo el agua.

No necesariamente en ese orden.

Valdivia, donde nunca tuve que remontar colinas ebrio, por lo demás.

Más que nada porque en tu país ridículo se puede manejar curado sin temer ni temblar.

Aquí en cambio caminaba curado haciendo zigzags.

A veces solo, a veces abrazado a la cintura de una mujer.

Pero ninguna me duraba.

(A qué titán le duran.)

(Yo era dinamita, pero nadie más lo sabía.)

Me sentía como Messi renunciando a la selección.

Era increíble pero no se me daba.

Una de las mujeres con las que salí estaba loca.

Una vez trató de cortarme un dedo cuando supo que yo seguía técnicamente casado.

No quiso creerme que se debiera a la flojera o al desdén.

(En realidad era por venganza, una pequeña venganza más para sobrevivir a este mundo.)

(Con lo que supongo que tal vez debería darle algo de crédito a esa mujer.)

El día del ataque en cuestión la loca lavaba un tomate gallego mientras a su lado yo picaba un ajo de cuello blando.

Te podría cortar en pedacitos, me dijo de repente.

Con tranquilidad y sin darse vuelta para mirarme.

Lo que me llevó a preguntarle, mientras el ajo se iba despedazando entre mis dedos, si para comérselos o qué.

Yo creía que estaba bromeando, como te puedes imaginar.

Por lo que no me esperaba que me saltara encima cuchillo en mano y lo estampara en la tabla de picar.

No le achuntó al meñique por centímetros.

Adrede o por falta de puntería, no lo sé.

Luego amenazó con tirarse a una de las cascadas si no me divorciaba esa misma semana.

Luego amenazó con tirarse por la ventana del segundo piso de su casa si no le juraba amor eterno.

Luego amenazó con cortarse las venas si llamaba a los pacos.

Luego me dijo que me bajara los pantalones y se la metiera en la boca.

Con resignación seguí a su lado.

Las noches eran largas y su pelo olía bien.

No se lo tragaba pero lo dejaba el tiempo suficiente en la boca como para que no se sintiera como un insulto.

Todos somos medio raros, la justificaba frente a Beto y Fritz, los únicos amigos que me quedaban en esa época de la que te hablo.

Amigos que decían temer por mi pronta desaparición.

Eso no podía durar, como te puedes imaginar.

Vinieron dos semanas intensas de sueños intranquilos y de comer afuera.

Ella empezaba a sospechar que algo andaba mal porque solo comíamos en lugares con palillos chinos.

Finalmente decidí que no estaba dispuesto a perder ningún centímetro del único cuerpo que me había sido siempre fiel.

La loca en un principio no se dio por vencida.

Volvió a invocar los cientos de puentes y precipicios de esta ciudad.

Yo volví a insinuar una llamada a la ley.

Ella me ofreció su ano.

Temblé.

Mi espíritu flaqueó.

Yo era un cobarde, como recordarás.

El fin del invierno tenía a las ardillas frenéticas y famélicas correteando por doquier.

Una tarde levanté la caja metálica del buzón del correo y una me saltó encima y me mordió el lóbulo de la oreja mientras me arañaba el cuello y la mejilla con sus garras.

Las ardillas de la colina, siempre dispuestas a improvisar.

O a atacar, si lo prefieres.

Si me quiero matar es asunto mío, me dijo la loca ese mismo día.

Mientras yo corría al hospital a recibir una inyección.

Su lógica era incontestable así que le seguí el bluff.

Al día siguiente volví a la casa sin rastro de espuma en la boca.

La loca no se mató.

Por mí nadie lo ha hecho, que yo sepa, y ya difícilmente vaya eso a cambiar.

Lo que no es muy distinto de decir que a los cuarenta y dos años que yo tenía en esa época de la que te hablo ya no podía aspirar a cambiarle la vida a nadie.

Todo el mundo tenía pasados que no desteñían al compararlos con el futuro que yo podía ofrecerles.

Beto decía tener dos suicidios en su haber.

Como marcas de guerra de su paso por este mundo.

De mis conocidos era sin duda el vencedor.

Probablemente todavía lo sea.

De hecho él lo mencionaba a menudo y con cierto orgullo.

Yo lo aceptaba con resignación, incluso hidalgamente.

Seguramente porque yo le ganaba a la brisca, un juego que por cierto me enseñó a jugar él.

Y también por el episodio con Penélope Cruz, como te puedes imaginar.

Pero nada aminoraba mi envidia.

Supongo que al menos me quedaba la posibilidad de soñar con personas que invocaran mi nombre justo antes de expirar.

Aunque ahora que lo pienso la loca siguió visitándome por las noches, y eso en cierto modo es un triunfo no menor.

Sin duda ella creía que yo no me daba cuenta.

Pero era imposible no ver el reflejo de las luces de su auto en las cortinas descorridas de mi habitación.

Entre el sueño y la vigilia el miedo que sentía por saberla espiándome se mezclaba con cierto orgullo por su incesante dedicación hacia mí.

Tampoco me atrevía a despreciarla del todo.

A las imágenes de los puentes y los cuchillos les sucedían a menudo otras igual de poderosas de ella en pelotas y mirándome con decisión.

Como un venado conminándote a seguirlo y a quizás romperse los dos el cuello contra el garaje de los vecinos.

No ignoraba que habría hecho eso en otro momento de mi vida.

Habría seguido a la locura hasta el infierno.

Porque la locura es siempre original.

Porque no se repite y no es funcional ni mucho menos práctica.

Un asunto de óptica, supongo.

La loca era adicta a boxear y a hacer zumba.

También a culear y a la cocina gourmet, como te puedes imaginar.

A veces me costaba seguirle el ritmo pero pronto descubrí que si alargaba el tiempo suficiente cada una de esas actividades podía desterrar las demás.

La loca era psicóloga, por cierto.

Insistía en que culeáramos en su consulta, que estaba en un segundo piso y no tenía cortinas.

Apagábamos las luces pero nos acercábamos a la ventana para que el brillo del alumbrado público rebotara en nuestro sudor.

La loca decía que había sido maltratada cuando niña.

Por su tío y por su papá.

Hubo más mujeres.

Una comía tanta fibra que no dejaba de tirarse peos cuando culeábamos.

Otra era tan chica y tan tonta que cuando dejó de ser mi alumna se me dejó de parar.

A otra tuve que despertarla una noche tocándole el timbre porque intenté escabullirme de su casa apenas se quedó dormida pero el portón de la calle tenía puesto el candado.

Buena, Houdini, me dijo entre bostezos, enojada por la traición pero divertida por la venganza.

Una japonesa me demostró que tanto Mailer como Bukowski estaban equivocados porque su vagina era tan vertical como todas las otras en las que había estado.

Otra era en realidad un tipo.

El tipo era más lindo que yo y corría maratones alrededor del mundo.

No sabía correr la paja, curiosamente.

Te lo agarraba como si su mano fuera un gancho y lo tironeaba con fuerza hacia los lados con cada movimiento.

Yo pensaba que en su cabeza el placer de un hombre solo podía provenir de la posibilidad cierta de perder el pico en cualquier momento, con el próximo sacudón.

Una le pedía a sus viejos que la pasaran a buscar cuando salíamos y después esperaba que me calentara y corriera la paja viendo fotos de sus piernas.

Otra hablaba sola y cuando me acostumbré a sus murmullos me terminé por asustar.

Otra acababa de divorciarse y a veces me decía Mario.

Una le tenía fobia a los fluidos corporales y vomitaba cuando se sonaba la nariz y luego vomitaba de nuevo cuando veía el vómito a sus pies.

Una vez fui a lamerle el ano y vi pedazos de mierda todavía húmeda desfilando alrededor del anillo del culo.

Estaba demasiado sobrio y demasiado poco enamorado como para ignorarlos y avanzar con afán aventurero hacia lo desconocido.

Le dije un día a modo de broma que no se me ocurría cómo, con su fobia, podía mirar los pedazos de confort para saber cuándo dejar de limpiarse la raja.

Bingo.

No lo hacía.

De Houdini a Sherlock Holmes.

Otra se parecía a ti pero no se lo tragaba.

Otra se parecía a ti pero me trataba bien.

Otra se parecía a ti pero no me quería pasar el hoyo.

Otra no se parecía a ti.

Una decía conocer el punto de presión en la palma de las manos que al apretarlo te hace sentir que te están acariciando las bolas.

En el cine después de terminarnos las cabritas si la película era fome yo le pasaba la mano en la oscuridad y cerraba los ojos abandonándome a la ola de sensaciones que estaba por llegar.

Con ella duramos bastantes meses porque yo estaba empecinado en robarle todos sus secretos.

A regañadientes me enseñó la técnica de las bolas.

Quizás sospechando que cuando la aprendiera no la necesitaría más.

Razón no le faltaba.

A partir de ese momento yo a veces me rascaba las bolas sin tener que meterme las manos a los bolsillos.

O le acariciaba las manos a ella para que también sintiera *mis* bolas.

Esta posibilidad impensada quizás fue demasiado para ella, que se alejó de mí entre asustada y apenada.

Hubo más mujeres.

Una era una profesora bastante más vieja que yo.

Veinte años por lo menos.

Podría fácilmente haber sido una de las viejitas hippies de Beto.

Me afané en conseguir su mail después de descubrirla en la cafetería de la escuela de ingeniería de la universidad.

Una sola mirada bastó para convencerme de que en su juventud debía de haber sido perfecta.

Estaba curioso por ver las marcas que pudieran haber dejado los embates del tiempo en esa perfección.

Luego descubrí que solo había accedido a salir conmigo porque pensaba que yo también era mayor.

Según ella mi nombre le había sonado respetable al leer el correo.

Cuando le sugerí que nos fuéramos a la cama no sonrió.

Se me quedó mirando seria y me regañó como mi madre nunca lo hizo.

Ese tipo de lenguaje es inaceptable, me dijo.

A las personas se les debe un respeto mínimo, me dijo.

De francés tienes poco, tú, me dijo.

Lo que solo consiguió calentarme más, como te puedes imaginar.

Así son las cerditas gringas que tan bien llegué a conocer en mi nuevo país.

Apenas asomadas a la sinceridad.

Siempre con los dos pies afuera para poder apoyarse mejor.

Esa gente nunca se emborrachaba.
Podían estar tambaleándose pero nunca estaban borrachas.
Estaban achispadas, más bien.
La vieja no levantó la vista de mis dedos chuecos hasta que no se le ocurrió una excusa perfecta para escapar.
No quería sonar melodramática, me di cuenta.
Todavía no estaba oscuro cuando se fue, a pasear al perro me dijo, y yo me pedí otro spritzz.
Dos días después, un domingo por la tarde, me llamó para culear.
Recuerdo que no me sorprendió su llamada.
Recuerdo haber pensado que había cierta lógica detrás de ella.
Recuerdo haber pensado que pasados los treinta los domingos por la tarde son cada vez más difíciles de soportar.
Ni el infierno es el límite para la gente deprimida un domingo por la tarde.
La serpiente que se come la cola apenas si está disfrazada de otra cosa los domingos.
Tan absurdo como dividir la vida en capítulos (cuando éramos niños, cuando éramos jóvenes, cuando no éramos nada) es ridículo que nos afecte un domingo.
Pero lo hace, nos afecta.
Porque es como un final, solo que no uno definitivo, odiamos los domingos.
Y quien sabe que tiene que volver a empezar todo de nuevo al día siguiente está dispuesto a llamar por teléfono a un inepto e ignorante irrespetuoso para culear.
Y aún para mucho más.
Porque en el fondo todos sabemos que no se puede volver a empezar realmente.
Y por lo tanto los domingos señalan más bien una continuación.
Una no del todo auspiciosa en este caso, como te puedes imaginar.
Beto siempre me agradeció ese descubrimiento.
A partir de entonces solo le escribía a las mujeres los domingos por la tarde, cuando creía que las iba a pillar volando bajo.
En la cama la vieja era rara, como si a cada impulso le siguiera una oleada de arrepentimiento.
O como si la razón y el instinto en ella estuvieran continuamente pisándose los talones.
No supe qué hacer para que se corriera y creo que por eso nunca más me llamó.
Con ninguna de las mujeres de esa época funcionó, como te puedes imaginar.
Pero tal vez podría haber funcionado si hubiera tratado un poco más.

Si mi desesperación hubiera sido por estar menos solo y no por culear más.

Un día Fritz me dijo algo mientras caminábamos por el bosque.

Tal vez cansado de escuchar la acumulación de nombres y anécdotas sin sentido que se había vuelto mi vida en esa época.

Me dijo que todas las mujeres de las que yo le hablaba le parecían una sola.

La misma.

Lo que tal vez se debiera a mi incapacidad a la hora de describirlas, terció a modo de defensa.

Defensa suya o mía, no lo sé.

Él no sabía nada de ti ni de mis cartas, así que sospecho que pensaba en mi exesposa cuando me decía estas cosas.

No hay manera de que tu exesposa te deje por tu mejor amigo y la gente no empiece a leer tu comportamiento posterior como una respuesta a esa traición.

Como si ese tiempo de tu vida no te perteneciera a ti sino que siguiera siendo de ella.

Fritz aventuró una tesis sobre mi vida en esa época de la que te hablo que no comparto pero que resumiré aquí.

Dijo Fritz que él solo veía siluetas que yo jugaba a descifrar.

Cada silueta superpuesta a la anterior.

O tal vez a una sola, la original.

Una sombra preexistente que ya había muerto o estaba todavía por nacer.

En definitiva, me dijo Fritz, un intento triste por vivir del olvido y no de recordar.

Como si yo creyera que mi vida era un presente constante y desencajado de todo lo anterior.

Cuando en realidad no era más que un escape hacia ese mismo pasado reencarnado en mí y en todos los demás.

Yo pensaba que tal vez parte de la culpa la tuviera esa ciudad en medio de un bosque en la punta del cerro en el que todos vivíamos.

Que le hacía cosas a la gente.

Que le hacía cosas incluso a los animales.

Nadie se atrevía a estar solo allí, como te puedes imaginar.

Nadie quería estar mal preparado para cuando llegara el invierno.

De ahí que las psicólogas estuvieran locas.

De ahí que los ciervos caminaran con la vista fija en el rocío de la mañana.

Que los perros fueran inseguros y los cerditos feroces y desleales.

De ahí que los zorrillos fueran bondadosos y las ardillas pendencieras.

De ahí que uno se creyera con el derecho de exigir que se lo

tragaran.

O que al menos se limpiaran la raja.

Yo a veces sentía que esa ciudad empezaba a quedarme chica, como me había pasado con tu país.

El tipo con el que tú vivías era gordo y la tenía chica pero lo compensaba teniendo plata y siendo moderadamente famoso.

Lo del pene chico me lo había contado una amiga que también había salido con él.

Probablemente fuera mentira, ya que él la había dejado para estar contigo.

Pero de todas maneras usaba las palabras de mi amiga para reírme de ti cuando te escribía curado.

Con lo que te gustaba el pico, hueona, te decía.

Lo que por supuesto también me hacía pensar en mi mejor amigo y sus manitos de Donald Trump.

Lo recordaba en el camarín del gimnasio al que íbamos juntos, dándome la espalda al cambiarse de ropa, encorvándose para que su calzoncillo blanco y largo y suelto no abultara ningún secreto.

Quizás por eso cuando mi amiga me contó de tu gordo y su pene me las imaginé a ti y a mi exesposa inclinadas con la boca abierta y una voluntad inquebrantable.

Pero después pensaba con no poca tristeza que a lo mejor te había llegado el momento de capitular.

De resignarte al olvido.

Con pataleta o sin ella, a la mayoría nos llega ese instante en que claudicamos, abdicamos de la pretensión infantil de perdurar.

Con lo que tal vez uno tendría que asegurarse de no seguirle la pista a nadie por más de tres años.

Limitarse a conocer a algunas personas, pocas, las justas, y después desaparecer, o asegurarse de que ellas lo hagan.

No existe después de todo la persona incapaz de decepcionar.

Ni siquiera los chinos proverbiales.

Mejor volverse uno el agente de esa decepción.

La chica de los peos decía que yo no me atrevía a mandarte las cartas porque le tenía miedo a tu gordo famoso y con plata.

Decía que si las mandaba y no me contestabas tendría que asumir mi derrota y luego vivir con ella.

Tu gordo además era dueño de una empresa de yogures laxativos, con lo que la afrenta era doble.

Literalmente todo lo que hacía con su vida no iba a tardar en irse por el váter.

Yo le contaba a la peorra que te escribía cartas para sacarle pica.

O para vengarme de sus peos, que no pasaban desapercibidos, como cualquier aficionado a la fibra sabrá.

Una pequeña venganza para sobrevivir a este mundo.

Ella me preguntaba quién eras tú y yo no sabía muy bien qué contestarle.

Le mostraba tus fotos en pelota enculada por juguetes de distintos colores y ella a veces se calentaba y a veces se ponía a gritar que me iba a matar.

Entre los hipos del llanto se colaba una que otra ventosidad.

¿Te dije que también era psicóloga, ella?

Quizás por eso estaba más empecinada en saber de ti que de mi exesposa.

¿Y quién eras tú?

¿Quién eras en esa época de la que te hablo?

¿Quién eres ahora?

Le podía decir tu nombre a la chica de los peos para que te buscara en internet.

Del mismo modo en que podría escribirlo aquí.

Podía invocar ese pasado que compartimos y que en esa época de la que te hablo empezaba a desaparecer.

Eso podía hacerlo.

Pero no podía contestar la pregunta de quién eras tú.

La peorra en todo caso estaba equivocada.

El gordo me daba lo mismo.

Después de todo los gordos no son más que un corolario, una posible conclusión.

Eso se puede temer como posible destino pero nunca en los demás.

Mucho menos envidiar.

En una visita a tu país de maricones sonrientes le pregunté a alguien por un amigo al que no había visto en muchos años.

“Engordó”, me contestó.

¿Entiendes lo que te quiero decir?

Hay demasiados conceptos encapsulados en esa monofrase.

Es como decir que alguien es buena persona pero medio raro.

O que alguien está piteado.

O que alguien es cuático.

O que alguien es brígido.

Todos nos rendimos.

Algún sabio chino debería escribir una galleta que diga que solo dos temores son aceptables en esta vida, a engordar o a fracasar.

Que en realidad son casi la misma cosa.

Fracasar es como engordar pero sin la resignación.

Lo que me recuerda ese invierno en que el frío no llegó a esa ciudad en la que yo vivía sino hasta enero.

En diciembre se celebraba el festival de las esculturas de hielo en el centro y nadie quería pervertir la tradición cambiando la fecha.

Unos pocos curiosos nos congregamos para verlos trabajar.

Pero no había caso.

El hielo se iba derritiendo con tanta velocidad que muchas esculturas se deshacían en las manos de sus escultores.

Quise creer que en sus caras no había frustración ni rabia sino placer por el presente que se les esfumaba en la cara y que por un momento pudieron tocar.

O al menos la resignación que uno esperaría de quienes en principio ya esculpen aquello que no puede perdurar.

Pero solo había gritos e insultos contra el alcalde.

Así son los artistas, supuse.

Una acumulación de varias neurosis.

Beto había ido conmigo y estaba más enojado que yo.

Dijo que esos tipejos le recordaban a los escritores de su país.

Esos cerditos latinoamericanos que tan bien me conozco yo, fue lo que dijo.

(Aunque ellos naturalmente lo desconocían por completo a él, como te puedes imaginar.)

Me empezó a hablar de uno de su edad "pero más feo" que postulaba y ganaba todas las becas que se ofrecían y era amigo por supuesto de todos los escritores que estaban en los jurados que las repartían.

El papeleo, según Beto, siempre buscaba concederle premios a la mediocridad.

Mi amigo me dijo entonces que los cerditos latinoamericanos escribían siempre igual.

De rodillas y con la boca abierta, francés.

Tragando que era un gusto.

Y todos usaban lentes, añadió Beto, sin duda por el semen que de vez en cuando se les metía en los ojos.

Y como no sabían cuándo parar para recobrar el aliento y el amor propio, siguió Beto, a menudo les faltaba el aire y los pantalones apenas si les cerraban de lo gordos que estaban.

Tanto era el semen que consumían.

Y tantas las horas al día que pasaban de rodillas con la boca abierta, según mi amigo.

Pero compensaban esa gordura, así como los dolores físicos y espirituales que debían de cargar, con la plata de las becas y siendo moderadamente famosos.

Para esos imbéciles la literatura era un juego de respetabilidad, me dijo Beto.

Y de saberse colocar.

Mi amigo siguió en esa línea, quejándose de los escritores de su país, y yo que ya me conocía esa cantinela lo escuchaba solo a medias.

Pensando que al menos en su caso era mentira que el infierno fueran los otros.

Yo en cierto sentido vivía de los libros pero escuchando a Beto me daba cuenta de que en el fondo me importaban bien poco.

Y me costaba tomarme a mi amigo en serio cuando le daba por despotricar contra los demás.

Salvo por el hecho de que pagaban mis borracheras y las cuentas, los libros para mí eran solo una distracción.

Como mucho un escape, lo que en sí ya tenía cierto valor.

Pero no creía que tuvieran ningún poder redentor.

En eso pensaba mientras Beto seguía hablando como si yo no estuviera ahí.

Estos huevones quieren un destino, lo escuché decir.

El que sea, el primero que se encuentren.

Porque en el fondo están cagados de miedo, francés.

¿De miedo?, pregunté yo.

¡Sí, cagados de miedo, francés!

Porque han descubierto que solo pueden ser algo en compañía de los demás.

Te entiendo, le dije yo, como si vivieran del proverbio de una galleta que los insta a ser ganado antes que seres de excepción.

Beto hizo como que no me había escuchado y continuó.

Se inventan un sentido, una identidad, y viven el resto de sus vidas aferrados a esa mentira, me dijo Beto.

Son gente, me dijo Beto, adquiriendo de pronto un tono más melancólico, que está más preocupada de la vida que de saber comportarse ante la muerte.

Tal vez piensen que es la misma cosa, aventuré yo.

Para juzgar a alguien no hay que esperar a que esté en el ataúd, francés, me respondió Beto.

¿Y qué tiene que ver todo esto con las estatuas de hielo?, le pregunté yo.

Tiene todo que ver, me respondió Beto, no seas idiota tú también.

Mi país está amarrado al futuro, francés, me dijo Beto.

Pero hay un truco: ese futuro nunca llega.

En mi país, me dijo Beto, todo es o bien pasado remoto y embellecido a punta de mentiras y exageraciones, o futuro inalcanzable a base de engaños calculados.

Si el futuro nunca va a llegar, me dijo Beto, y si el pasado es lo que queremos que sea y no lo que realmente fue, a los dos les podemos fiar todas las mezquindades del presente.

El presente en mi país, insistió Beto, es una cosa amorfa e inasible, que permite la irresponsabilidad, que fomenta la capacidad para no hacerse cargo de nada.

Que es a fin de cuentas el pasatiempo nacional, me dijo Beto.

Lo que explica que todo el mundo se haga el huevón ante todo, me dijo Beto poniéndose muy serio, y que donde gire la cabeza uno, donde sea que mire, vea un puto eucalipto, el árbol perfecto para mi país de maricones sonrientes, de chaqueteros mediocres que no quieren ni dejan que nada crezca a su alrededor.

(También en el país de Beto prodigaban las metáforas de jardines, descubrí ese día.)

Yo sabía que Beto estaba pasando por un mal momento y que toda esa rabia descontrolada hacia los demás, justificada o no, buscaba ocultar otro tipo de rabia menos definida, contra sí mismo, contra sus novelas y poemas ignorados, contra el mundo que los ignoraba, contra la suerte, contra el dolor y contra la pena.

Atacar a sus pares era el último intento de Beto por controlar la existencia.

De mucho no le sirvió.

Poco después de esa conversación se murió.

Como se muere alguna gente, Beto se murió de repente.

A mí se me quedó la misma cara de idiota que se le quedó a mi abuelo después del infarto cerebral.

No sé de qué se murió Beto, por lo demás, solo sé que se murió.

Alguien me diría mucho tiempo después que se había muerto de un cáncer que no se trató.

Esa persona ignoraba si Beto no se había tratado el cáncer por voluntad de mártir, ignorancia o incapacidad para pagar el tratamiento.

Pero esa persona no era muy cercana a Beto en primer lugar, así que lo más probable es que nada de lo que dijo fuera cierto.

Yo la verdad es que había notado a Beto bastante desmejorado el último tiempo.

Aunque en retrospectiva siempre lo notamos todo.

Pensamos que detrás de una muerte tiene que haber una o varias explicaciones, y nos aseguramos de que sea así.

En este caso recuerdo haber achacado su decadencia física a su estilo de vida, entre las viejitas y el bar.

Tampoco nos vimos tanto esos últimos meses.

Beto decía que estaba terminando una novela sobre un grupo de poetas kamikazes que se autoinmolaban en varios palacios de gobierno latinoamericanos.

También estaba saliendo con una tipa más joven que según él le quitaba todas las fuerzas.

Recuerdo que un día en la granja me burlé de lo chupada que tenía la cara.

Lo enterramos en el cementerio de la calle Arboleda Afable, algo

que le habría hecho gracia.

Al funeral llegó Fritz con su hermana, a la que yo nunca había visto antes.

Fritz traía el bigote más gris que de costumbre y se apoyaba en un bastón, según me dijo porque se había caído del ático esa semana.

Me puso feliz verlo ahí, y todavía más cuando me dio a entender que estaba familiarizado con las novelas de Beto.

Me dio la impresión de que incluso se conocían en persona.

De que quizás se veían en secreto a menudo.

Se me ocurrió que a lo mejor se juntaban a hablar de mí y enseguida me avergonzó ese pensamiento.

Este es un buen final para Beto, me intentó consolar Fritz al ver que se me humedecían los ojos cuando el sepulturero echaba las primeras paladas de tierra sobre el ataúd.

Antes de que yo pudiera pedirle explicaciones me preguntó si me había fijado que en las novelas de Beto los poetas siempre triunfaban.

Pero que solo triunfaban fracasando.

Ahora en la muerte, me dijo Fritz, Beto podía triunfar también, sin entorpecerse a sí mismo con los fracasos menores de su vida.

Yo le comenté entonces que a las novelas y poemas de Beto les había ido muy mal y que no veía cómo eso iba a cambiar con su muerte.

Cuando una cabeza y un libro chocan y el ruido es hueco, me dijo Fritz, no siempre es culpa del libro.

Que era su equivalente a decirme quiérelo más, francés.

Yo sonreí, incapaz de adivinar de dónde se había robado esa galleta de la fortuna el viejo.

En ese momento miré a mi alrededor y vi que el cortejo fúnebre consistía de nosotros tres, la mamá de Beto y cuatro o cinco viejitas hippies del taller.

La novia joven no estaba por ningún lado.

Cuando terminaron de cubrir el ataúd en grupo y en silencio caminamos hacia la puerta del cementerio.

Cuando llegamos le aseguré a la hermana de Fritz que lo llevaría de vuelta a su casa antes del anochecer.

Nos separamos de ella después de despedirnos de la mamá de Beto, que probablemente lo seguiría pronto al ataúd.

Con Fritz acortamos camino atravesando el bosque de arces que corre paralelo a la calle Hanshaw.

Mientras caminábamos Fritz me contó una historia suya que desconocía.

La historia era sobre su mentor, un compositor de música clásica que odiaba a Brahms.

Yo desconocía casi todo lo que respecta a la vida de Fritz, incluido

que hubiera tenido un mentor.

Ignoraba, por ejemplo, que hubiera dedicado la mitad de su vida a la música.

La música, según me dijo entonces Fritz, había sido muy ingrata con él y le había robado la juventud y muchas cosas más.

Fritz había estudiado quince años junto a ese mentor que odiaba a Brahms, al que Fritz temía y amaba y odiaba en partes iguales.

El mentor era un viejo amigo de la familia que había querido hacer de él un compositor clásico y que para conseguirlo se lo había llevado a vivir a un pueblito en la punta del cerro en medio de un bosque.

Cuando el mentor se acostaba a dormir, Fritz, que no debía pasar de los doce años, corría a poner partituras de Brahms en todos los pianos de la casa.

Al calor de la chimenea las tocaba con un entusiasmo infantil.

Las *Variaciones sobre un tema de Paganini* retumbaban en las paredes hasta despertar invariablemente al mentor, que no tardaba en descubrir que la vigilia no era una pesadilla.

Y a la vez que sí lo era.

Cuando el mentor corría a la sala no veía a Fritz, que se había guarecido en su habitación.

Pero lo que sí sentía era al fantasma de Brahms burlándose de él.

El mentor entonces reemplazaba con las suyas propias las partituras de su archienemigo, a las que hacía pedazos antes de volver a su habitación, sin saber ya a quién maldecir.

Fritz, que a lo mejor siempre aspiró a ser un fantasma él mismo, corría por supuesto a ponerlas de nuevo en su lugar.

A ordenar la existencia, según me dijo esa tarde al atravesar el bosque después del funeral de Beto.

Entonces le pregunté por la primera vez que nos vimos.

Quería saber a qué se había referido cuando me llamó imbécil.

Durante los primeros meses de nuestra amistad yo había asumido que se debía a que me había sorprendido mirando el mundo a través del teléfono, grabándolo para una falsa posteridad.

Pero mucho después, durante una de nuestras caminatas por el bosque, un par de semanas antes de la muerte de Beto de hecho, Fritz me había pedido el celular y se había puesto a grabar a una marmota que buscaba sin éxito esconderse de nosotros acostándose en el pasto.

Mira qué idiota que es, piensa que no la vemos, me dijo riéndose por lo bajo Fritz, sin dejar de grabarla.

Cuando Fritz se reía dejaba las frases en el aire antes de que sus carcajadas de hiena le comieran la voz.

A Fritz le costó recordar el momento, tuvo de hecho que parar de caminar y apoyarse en el bastón para hacer memoria, tal vez porque ese día no había sido tan memorable para él como lo era todavía para

mí.

O tal vez porque eso nunca había sucedido como yo lo recordaba y mi mente se había encargado de crear una historia que te pudiera contar para explicar esa amistad.

Eventualmente mi amigo se encogió de hombros y o bien recordó o bien se inventó para mi tranquilidad que recordaba, y me dijo que me había visto muy feliz ese día, totalmente absorbido por lo que veía, ignorante por completo de la nube de polvo que se levantaba sobre mi cabeza según el pájaro carpintero se abría paso a través de la corteza del árbol.

Parecías un animal más, me dijo antes de describir el ruido hipnótico, como de metralleta, del picoteo incesante del pájaro carpintero, y mi boca abierta mientras los hombros se me cubrían de aserrín.

Con lo que de repente todo tuvo sentido y me di cuenta de que a eso se reducía nuestra amistad.

Y probablemente todas las relaciones humanas, como te puedes imaginar.

Incluida la nuestra.

El descubrimiento más que molestarme me agradó.

Por un momento sentí que aunque yo lo ignoraba todo sobre cómo ordenar la existencia, en mí vivía una intuición.

Una intuición que a lo mejor no era más que la memoria muscular de una tradición familiar olvidada.

Fritz se había quedado callado y caminamos un rato en silencio siguiendo el sendero del bosque de arces.

De pronto me acordé de ti.

Pensé en todas las cosas que quería decirte.

Pensé en el gordo y en nuestra separación.

En mi matrimonio y mi nuevo país también pensé.

En mis amigos pensé.

El camino se había vuelto una pendiente inclinada y me empezó a faltar el aire.

Ya llevaba muchos años en la colina.

Lejos de tu país, lejos de todo y lejos de ti.

Y entonces Fritz se puso a hablar de las vacas.

En lo que se refiere a las vacas, me dijo Fritz, que yo sepa nadie ha escrito nunca nada sobre su elegancia.

Sobre todo su elegancia al comer pasto, me dijo Fritz.

Se habla de los linces o de los tigres, francés, con su terrible desenvoltura.

De los felinos en general se habla mucho, me dijo Fritz.

Así como de algunos animales de mar que se mueven en las profundidades con la delicadeza de un niño cantor de Viena.

Pero para referirse a la elegancia animal, ¿te has fijado?, me dijo Fritz, nadie habla nunca de las vacas, de las vacas comiendo pasto, por ejemplo, no habla nadie, como te puedes imaginar.

Quizás porque la historia de los animales reserva sus mejores páginas para el momento de la caza, francés, y no para lo que está más acá de la acción, me dijo Fritz.

Lo que en su infinita repetición y falta de esfuerzo parece por principio querer escapar de la notoriedad.

¿Quién habla, por ejemplo, me dijo Fritz, del perro que caga mirándote a los ojos?

Según algunos para que lo protejas cuando se encuentra más indefenso.

Como diciéndote cúbreme, huevón, confío en ti, me dijo Fritz.

Según otros por un trauma temprano no resuelto que ha interrumpido su evolución libidinal y lo mantiene anclado en la fase anal.

Lo que quizás explicaría mejor la exhortación continua de la que hablábamos antes, francés, me dijo Fritz.

Se trata en cualquier caso de un instante de comunión, de eso no hay duda.

Con lo que a las vacas habría que mirarlas más a menudo cuando se encuentran en un pastizal, me dijo Fritz.

Las patas traseras entrelazadas como si fueran las de una bailarina posando antes de lanzarse a ensayar un nuevo paso.

Una pata perpendicular al suelo y la otra ligeramente adelantada en un ángulo agudo, apenas arqueada y apoyada a un metro de distancia por la punta de la pezuña, me dijo Fritz.

Como si calzara una zapatilla de ballet, francés.

O como si estuviera usando tacones.

Ajena a todo lo que la rodea, ajena incluso a su pose, ocupada tan solo en comer y en cagar.

Comiendo de hecho del mismo lugar en el que acaba de cagar.

Tal vez queriéndose tanto que cree que su mierda abona el pastizal.

O bien incapaz de reconocer como propios el olor y la consistencia de las bostas que sus pezuñas de bailarina no dejan de pisar, francés.

Un animal sin memoria.

O retardado mental, añadí yo.

Una sombra preexistente que se sabe fuera del tiempo y solo de repente reaparece para nuestra delectación.

Un animal feliz, dijo Fritz.

O libre, corrigió Beto.

Alguien que no necesita ordenar la existencia, cabro chico.

Un animal que se quiere lo justo, agregó mi mamá.

Un asunto de óptica, como te puedes imaginar.
Como un hombre borracho remontando una colina cada noche.
Llegando a la misma casa, volviendo de los mismos bares.
Escuchando a un gordo erizarle los pelos de la piel.
Mientras reza para que no salga a su encuentro un zorrillo.
Pero sí quizás el espejo de un ciervo infeliz.

Ithaca, julio 2016 – mayo 2017

Editorial Candaya

www.candaya.com
candaya@candaya.com
Más información sobre el libro

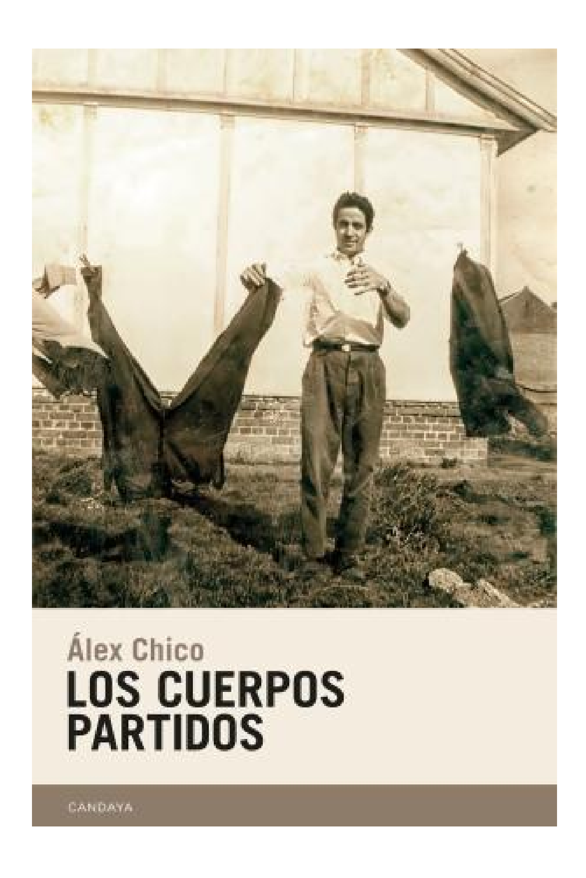
Otros libros que te pueden interesar:

"Paseador de perros", de Sergio Galarza

"Tambor de arranque", de Francisco Bitar

"Nefando" de Mónica Ojeda

Gracias por leernos



Los cuerpos partidos

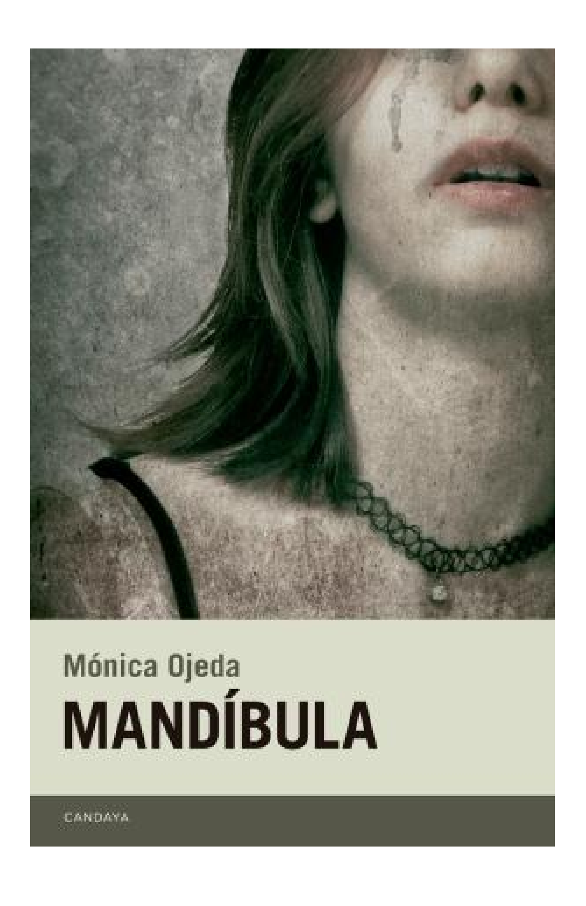
Chico, Álex
9788418504044
256 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Durante la década de los sesenta, muchos trabajadores españoles abandonaron su lugar de origen y buscaron empleo en Europa. Tiempo después, con la crisis del petróleo y el auge de los movimientos xenófobos, algunos emprendieron el camino de regreso. Sin embargo, no todos volvieron a su pueblo natal, sino a una zona intermedia que ya había servido como ciudad de acogida años atrás: Barcelona. Esta novela relata uno de esos trayectos, el que emprendió Manuel Chico Palma desde un pueblo de Granada hasta una pequeña localidad de la frontera franco-belga. La narración se va ramificando hasta convertirse en una historia coral en la que se abordan los con flictos que plantea cualquier proceso de desplazamiento y la

personalidad escindida de quien los lleva a cabo. Personajes fracturados entre la nostalgia y la amnesia, el pasado y el presente o la realidad y la ficción y que, a su manera, cumplieron con aquella frase de Emmanuel Carrère: "Promete decir la verdad y miente lo mejor posible".

Los cuerpos partidos es, asimismo, una aguda reflexión sobre el lenguaje, la memoria y la escritura como herramientas para reconstruir a un ser ausente, alguien a quien no conocimos y que, sin embargo, forma parte de nuestras vidas. Una narración híbrida que se desplaza por distintos géneros y que convierte ese espacio literario fronterizo en un reflejo de esos lugares de mestizaje que poco a poco van construyendo los hombres y mujeres que los habitan.



Mandíbula

Ojeda, Mónica
9788415934608
285 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Una adolescente fanática del horror y de las *creepypastas* (historias de terror que circulan por internet) despierta maniatada en una cabaña en medio del bosque. Su secuestradora no es una desconocida, sino su maestra de Lengua y Literatura, una mujer joven a quien ella y sus amigas han atormentado durante meses en un colegio de élite del Opus Dei. Pero pronto los motivos de ese secuestro se revelarán mucho más oscuros que el *bullying* a una maestra: **un perturbador amor juvenil, una traición inesperada y algunos ritos secretos e iniciáticos inspirados en esas historias virales y terroríficas gestadas en Internet.**



Nefando

Ojeda, Mónica
9788415934363
208 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

'Nefando, Viaje a las entrañas de una habitación' fue un videojuego en línea poco conocido y pronto eliminado de la red a causa de su polémico contenido sensible. Las experiencias de sus jugadores son, ahora, el centro de los debates gamers en los foros más profundos de la deep web, pero sus usuarios no parecen ponerse de acuerdo: ¿era un juego de horror para frikis, una puesta en escena inmoral o un ejercicio poético? ¿Son tan hondas y retorcidas como parecen las entrañas de esa habitación?

Cómpralo y empieza a leer





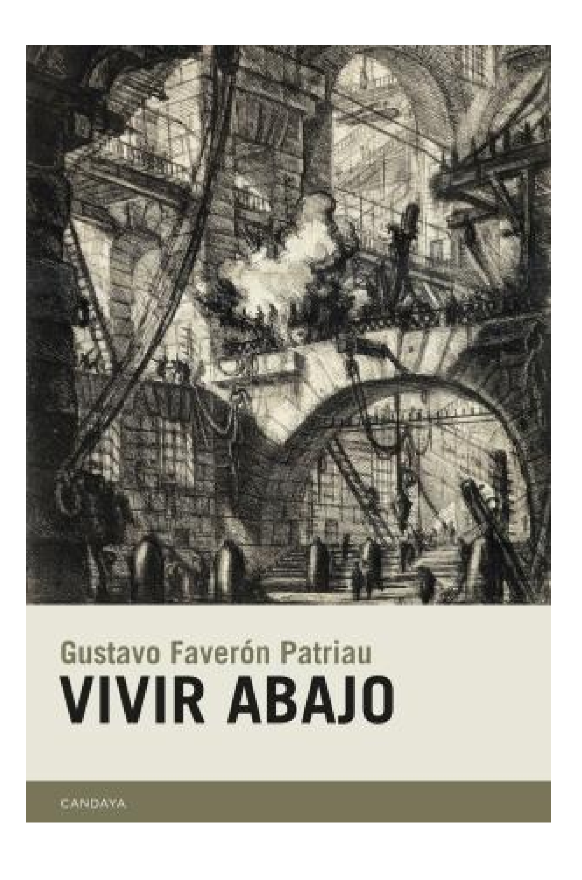
Historia de la leche

Ojeda, Mónica
9788418504075
128 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

En *Historia de la leche* Mónica Ojeda retoma un mito de la tradición bíblica –Caín, Abel y su disputa fratricida por el amor del padre– y, en la línea de *Una noche con Haml*et de Vladimir Holan o de *Antígona González* de Sara Uribe, lo reescribe desde el presente, indagando, como ya hizo en su novela *Mandíbula*, en la extraña violencia de las relaciones femeninas y familiares.

Para alojarla en sus propios huesos y reconocer todo lo ajeno que la habita, la voz poética mata a Mabel, su hermana, estableciendo un diálogo con ella, con la madre y con el padre, mientras se enfrenta, casi en trance, a lo que queda: la culpa, la memoria que hiere, el terrible silencio materno, el espacio espantosamente abierto entre la madre y la hija sobreviviente.



Vivir abajo

Faverón, Gustavo
9788415934813
672 Páginas

Novela clave en la literatura latinoamericana del siglo veintiuno, *Vivir abajo* es un libro de aventuras, un relato de horror, un misterio policial, una historia hecha de mil historias y una crónica de viajes por los territorios de la locura y el espanto. También es una novela de humor quijotesco, poblada por artistas enloquecidos, espías eruditos, poetas fantasmales y venganzas equivocadas. Comienza en Perú, cuando un cineasta americano comete un tenebroso homicidio en el sótano de una casa el día de la captura de Abimael Guzmán, líder de Sendero Luminoso. La prehistoria de ese crimen viene de veinticinco años antes y su solución tomará otros veinticinco. El lector descubrirá maravillado cómo las piezas del enigma emergen de catacumbas,

manicomios y cárceles subterráneas a lo largo de un viaje infinito por los oscuros calabozos de la historia de América Latina, Europa y los Estados Unidos.